

6.^a edición

JACQUES PHILIPPE

*En la escuela
del Espíritu Santo*



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

JACQUES PHILIPPE

EN LA ESCUELA
DEL ESPÍRITU SANTO

PATMOS

LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

CONTENIDO

1. INTRODUCCIÓN

2. PRIMERA PARTE. LA SANTIDAD ES LA OBRA DEL ESPÍRITU

- 2.1. LA TAREA ES SUPERIOR A NUESTRAS FUERZAS
- 2.2. SÓLO Dios CONOCE EL CAMINO DE CADA UNO
- 2.3. LA FIDELIDAD A LA GRACIA ATRAE A OTRAS GRACIAS

3. SEGUNDA PARTE. ¿CÓMO FAVORECER LA IRRUPCIÓN DE LAS INSPIRACIONES?

- 3.1. PRACTICAR LA ALABANZA Y LA GRATITUD
- 3.2. DESEARLAS Y PEDIRLAS
- 3.3. ESTAR DECIDIDOS A NO NEGAR A DIOS COSA ALGUNA
- 3.4. VIVIR UNA OBEDIENCIA FILIAL Y CONFIADA
- 3.5. VIVIR EL ABANDONO
- 3.6. VIVIR EL DESPRENDIMIENTO
- 3.7. VIVIR EL SILENCIO Y LA PAZ
- 3.8. PERSEVERAR FIELMENTE EN LA ORACIÓN
- 3.9. EXAMINARLOS MOVIMIENTOS DE NUESTRO CORAZÓN
- 3.10. ABRIR EL CORAZÓN A UN DIRECTOR ESPIRITUAL

4. TERCERA PARTE. ¿CÓMO SE RECONOCE QUE UNA INSPIRACIÓN PROCEDE DE DIOS?

- 4.1. LA ADQUISICIÓN PROGRESIVA DE UN «SENTIDO ESPIRITUAL»
- 4.2. CRITERIOS QUE PERMITEN DECIR QUE UNA INSPIRACIÓN VIENE DE Dios
 - 4.2.1. Criterio externo: Dios no se contradice
 - 4.2.2. Coherencia con la Sagrada Escritura y la enseñanza de la Iglesia
 - 4.2.3. Coherencia con las exigencias de mi propia vocación
 - 4.2.4. Criterio interno: el árbol se conoce por su fruto
 - 4.2.5. Adquirir la experiencia
 - 4.2.6. Discernimiento de los espíritus
 - 4.2.7. Signos complementarios: constancia y humildad
 - 4.2.8. ¿Es siempre la voluntad de Dios lo que más cuesta?
 - 4.2.9. Diferentes comportamientos según la importancia de las inspiraciones
 - 4.2.10. ¿Y cuando no somos fieles a la gracia?

5. CONCLUSIÓN

6. PLEGARIA DEL CARDENAL MERCIER

7. ANEXO 1. TEXTOS DE LOUIS LALLEMANT (1587-1635)

7.1. NATURALEZA DE LA DOCILIDAD AL ESPÍRITU SANTO

7.2. MEDIOS DE CONSEGUIR ESA DOCILIDAD

7.3. RESPUESTA A ALGUNAS OBJECIONES A ESTA PRÁCTICA

7.4. Los MOTIVOS QUE NOS LLEVAN A LA DOCILIDAD: LA PERFECCIÓN E INCLUSO LA SALVACIÓN DEPENDEN DE LA DOCILIDAD A LA GRACIA

7.5. LA EXCELENCIA DE LA GRACIA Y LA INJUSTICIA DE LA OPOSICIÓN A ELLA

8. ANEXO 2. TEXTOS DE SAN FRANCISCO DE SALES (1572-1622)

8.1. CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO DE LOS ESPÍRITUS'(' Libro 8, cap. 12.)

8.2. LA OBEDIENCIA, PRUEBA DE LA VERDAD DE LAS INSPIRACIONES² (2 Libro 8, cap. 13.)

8.3. BREVE MÉTODO PARA CONOCER LA VOLUNTAD DE Dios'(' Libro 8, cap. 14.)

8.4. EL ESPÍRITU SANTO ACTUABA SIN OBSTÁCULOS EN MARÍA (Libro 7, cap. 14.)

8.5. Los SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTOS (Libro 11, cap. 15.)

9. ANEXO 3. LIBERTAD Y SUMISIÓN

9. ANEXO 3. LIBERTAD Y SUMISIÓN

1.

INTRODUCCIÓN

«¡Oh, Jesús mío, qué fácil es santificarse! ¡Solamente hace falta un poquito de buena voluntad! Y si Jesús descubre ese mínimo de buena voluntad en el alma, se apresura a darse a ella. Y nada le detiene, ni las faltas, ni las caídas, absolutamente nada. Jesús tiene prisa por ayudar a este alma, y si el alma es fiel a esta gracia de Dios, en poco tiempo logrará llegar a la más alta santidad que una criatura pueda alcanzar aquí abajo. Dios es muy generoso y no niega a nadie su gracia. Incluso nos da más de lo que pedimos. La vía más corta es la fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo.»

Este hermoso texto está extraído del diario de sor Faustina (Diario, Santa Faustina Kowalska. Ed. PP. Marianos de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. La Hermana Faustina Kowalska, nacida en 1905 y muerta el 5 de octubre de 1938, fue canonizada por el papa Juan Pablo II el domingo 30 de abril del año 2000. Esta religiosa polaca recibió de Jesús la misión de dar a conocer al mundo la Misericordia divina con mayor profundidad, en especial por medio de un icono del Cristo Misericordioso que ella hizo pintar).

En su sencillez y concisión, ofrece un mensaje extraordinariamente importante a todos los que aspiran a la santidad, dicho con sencillez, a los que quieren responder con la mayor plenitud posible al amor de Dios.

La gran pregunta de estas almas, en ocasiones angustiadas, es la de saber cómo hacerlo.

Es posible que tú, lector, formes parte de aquellos a quienes esta pregunta no les preocupa demasiado. Quizá tu corazón no ha conocido jamás esa aspiración de amar a Dios tanto como sea posible amarle. Entonces, te lo ruego, suplica al Espíritu Santo que ponga en ti ese deseo y pídele que no te deje descansar jamás! Entonces serás dichoso: «Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados» (Mt 5, 6) (el sentido de la justicia en la Escritura, más que el que le damos habitualmente, se refiere a la actitud del hombre cuya voluntad se «ajusta» plenamente a la de Dios, amándole y amando al prójimo: dicho de otro modo, lo que entendemos por santidad).

Para los que aspiran así a la plenitud del amor, cualquier indicación que ilumine o acorte su camino es muy valiosa. Casi nadie tiene conciencia de ello, pero en mi opinión, es tan necesario que las almas santas se santifiquen más y más rápidamente, como que los pecadores se conviertan, pues ello beneficia igualmente a la Iglesia. El mundo se salvará por la oración de los santos.

Por eso, aunque no todos entenderán este lenguaje, consideramos de gran importancia el hecho de transmitir a los cristianos de hoy el gran mensaje de los santos, con el fin de permitirles progresar con mayor rapidez hacia la perfección del amor.

La cuestión clave de este camino es quizá la de saber en qué concentrar nuestros esfuerzos. Y eso no siempre es evidente, ni es siempre lo que nos imaginamos al iniciarlo.

En este pasaje, como en otras determinadas reflexiones de su «Diario», sor Faustina nos da una indicación, fruto de su experiencia, que merece ser oída: la vía más corta es la fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo. Más que dispersar nuestros esfuerzos en aspectos de nuestra vida que quizá resultarían estériles o poco eficaces, sor Faustina nos propone centrarlos en este punto: estar atentos a reconocer, acoger y poner en práctica las inspiraciones del Espíritu Santo. Eso, con gran diferencia, será lo más «gratificante».

Vamos a explicar la razón, y a continuación describiremos lo que significa.

2.

PRIMERA PARTE

LA SANTIDAD ES LA OBRA DEL ESPÍRITU

La ilusión general es la de pensar que la santificación es obra del hombre: se trata de trazar un programa de perfección bien claro, y de ponerse manos a la obra con valor y paciencia para llevarlo a cabo de forma progresiva. Y eso es todo.

Desgraciadamente (o afortunadamente) eso no es todo... Es indudable que el valor y la paciencia son necesarios. Pero ciertamente no lo es que la santidad consista en el cumplimiento de un programa de vida que nos fijamos. Por varias razones, dos de ellas las principales a las que nos referimos a continuación.

2.1. LA TAREA ES SUPERIOR A NUESTRAS FUERZAS

Es imposible acceder a la santidad por nuestras propias fuerzas. Toda la Escritura nos enseña que sólo puede ser fruto de la gracia de Dios. Jesús nos dice: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,15). Y San Pablo: «El querer está en mí, pero no el hacer lo bueno» (Rom 7, 18). Los mismos santos lo atestiguan. Veamos cómo se expresa Grignon de Monfort hablando de esta santificación que es el plan de Dios para nosotros:

«¡Oh, qué obra admirable: el polvo transformado en luz, la suciedad en pureza, el pecado en santidad, la criatura en el Creador y el hombre en Dios! ¡Oh! ¡Obra admirable!, lo repito, pero una obra difícil en sí misma e imposible para la sola naturaleza; solamente Dios, por una gracia y una gracia abundante, puede conseguirlo; y la creación de todo el universo no es una obra maestra tan grande como ésta». (' El Secreto de María, Casals, 1979; comienzo de la primera parte)

Sean los que sean nuestros esfuerzos, no podemos cambiarnos a nosotros mismos. Sólo Dios puede terminar con nuestros defectos, con nuestras limitaciones en el orden del amor; solamente Él tiene un dominio lo bastante profundo de nuestros corazones para ello. Ser conscientes de esto nos evitará gran número de combates inútiles y de desánimos. No tratemos de hacernos santos por nuestras propias fuerzas (Por supuesto, eso no quiere decir que no debamos esforzarnos, pero para que nuestros esfuerzos no resulten estériles debemos orientarlos en la buena dirección: no han de ir dirigidos a conseguir la perfección como resultado de ellos, sino a dejar actuar a Dios sin oponer resistencia, para abrirnos lo más plenamente posible a su gracia que nos santifica.), sino de encontrar el medio de actuar de modo que Dios nos haga santos.

Eso exige mucha humildad (renunciar a la orgullosa pretensión de lograrlo por nosotros mismos, aceptar nuestras carencias, etc.), pero al mismo tiempo es muy estimulante.

En efecto, si nuestras propias fuerzas tienen límites, no los tienen el poder y el amor de Dios. Y sin duda alguna, podemos conseguir que este poder y este amor acudan en socorro de nuestra debilidad: nos basta aceptarla serenamente y poner sólo en Dios toda nuestra confianza y nuestra esperanza. En el fondo es muy sencillo, pero como todas las cosas sencillas, necesitamos años para comprenderlas y sobre todo para vivirlas.

En cierto modo, el secreto de la santidad radica en descubrir que todo podemos obtenerlo de Dios, a condición de saber cómo recibirlo. Es el secreto de la vía de infancia de Santa Teresa de Lisieux: «Dios tiene un corazón de padre, y podemos obtener infaliblemente lo que necesitamos, si sabemos ganárnoslo por el corazón». (' Veamos un pasaje de una carta de Teresa que puede ayudarnos a comprender lo que quiere decir: «Quisiera tratar de haceros comprender, por medio de una sencilla comparación, lo mucho que Jesús ama a las almas, incluso a las imperfectas, que confían en Él. Me imagino que un padre tiene dos hijos traviesos y desobedientes, y que al ir a castigarlos, uno de ellos tiembla y se aleja de él con terror, aunque en el fondo de su corazón tiene la sensación de que debe ser castigado: y que su hermano, al contrario, se arroja en brazos de su padre diciéndole que lamenta haberle disgustado, que le quiere, y que, para demostrárselo, en adelante será bueno; después, si este niño pide a su padre que le castigue con un beso, no creo que el corazón del padre pueda resistirse a la

confianza filial de su hijo, del que conoce la sinceridad y el cariño. Sin embargo, no ignora que su hijo recaerá en las mismas faltas más de una vez, pero está dispuesto a perdonarle siempre, si sigue ganándose por el corazón (...) (Carta 258).

Creo que la idea de que todo puede conseguirse de Dios, la ha encontrado Teresa en el que ha sido casi su único maestro, san Juan de la Cruz. Esto es lo que nos dice este último en su Cántico Espiritual:

«Grande es el poder y la porfía del amor, pues al mismo Dios prenda y liga. Dichosa el alma que ama, pues tiene a Dios por prisionero rendido a todo lo que ella quisiere, porque tiene tal condición, que, si le llevan por amor y por bien, le harán hacer cuanto quisieren». (Cántico Espiritual B, estrofa 32, 1, en Vida y obras de San Juan de la Cruz, BAC, Madrid 1978.)

Esta frase audaz sobre el poder que pueden tener nuestro amor y nuestra confianza sobre el corazón de Dios comporta una hermosa y profunda verdad.

El mismo san Juan de la Cruz lo expresa en otros términos: «Lo que mueve y vence es una esperanza porfiada».(Noche oscura (2). Coment., c. 21, 8)

Y también:

«... se agrada tanto el Amado del alma, que es verdad decir que tanto alcanza dél cuando ella dél espera».

La santidad no es un programa de vida, sino algo que se obtiene de Dios; incluso existen unos medios infalibles para obtenerla, pero la cuestión está en entender cuáles son... Todos tenemos la posibilidad de llegar a ser santos, simplemente porque Dios se deja vencer por la confianza que ponemos en Él. Lo que diremos a continuación, tiene como objeto situarnos en este buen camino...

2.2. SÓLO DIOS CONOCE EL CAMINO DE CADA UNO

Veamos la segunda razón por la que no podemos alcanzar la santidad trazándonos un programa: hay tantas formas de santidad, y por tanto tantos caminos hacia ella, como personas. Cada una es absolutamente única para Dios. La santidad no consiste en la práctica de un determinado modelo de perfección que sería idéntico para todos: es el brote de una realidad absolutamente única, que sólo Dios conoce y que sólo Él sabe hacer eclosionar. Nosotros ignoramos en qué consiste nuestra propia santidad, eso no se desvela más que a lo largo del camino, y con frecuencia es algo bien distinto de lo que podríamos imaginar. Hasta el punto de que el mayor obstáculo para la santidad es quizá el de «aferrarnos» a la imagen que nos hacemos de nuestra propia perfección...

Lo que Dios quiere es siempre diferente, siempre desconcertante, pero a fin de cuentas, infinitamente más hermoso, pues sólo Dios es capaz de crear obras maestras, absolutamente únicas, mientras que el hombre sólo sabe imitar.

Esto tiene una importante consecuencia. Para acceder a la santidad, el hombre no puede limitarse a seguir unos principios generales que valen para todo el mundo. Es preciso captar también lo que Dios le pide en especial, y que quizá no pide a ningún otro. ¿Cómo detectarlo? De distintas maneras, por cierto: a través de los acontecimientos de la vida, de los consejos de un director espiritual y de otros muchos medios.

Entre ellos, hay uno cuya importancia fundamental merece una explicación: se trata de las inspiraciones de la gracia divina. En otras palabras, se trata de esas peticiones interiores, de esas mociones del Espíritu Santo en lo más profundo de nuestro corazón, con las que Dios nos da a conocer lo que nos pide, al tiempo que, si accedemos a ello, nos infunde la fuerza necesaria para hacerlo. Más adelante diremos cómo detectar y acoger esas inspiraciones.

Bien entendido, para llegar a ser santos debemos esforzarnos por obedecer a la voluntad de Dios, tal como se nos aparece en la Escritura, en los mandamientos, etc., de manera general y válida para todos. Pero, como acabamos de decir, es indispensable también ir más lejos: aspirar a conocer no sólo lo que Dios pide a todos de manera general, sino también lo que espera específicamente de mí. Es ahí donde intervienen esas inspiraciones de las que hablamos. Pero es preciso afirmar también que, en lo que concierne al cumplimiento de la voluntad general de Dios para nosotros, esas inspiraciones son necesarias.

La primera razón es la siguiente: si aspiramos a la perfección, tenemos tantas cosas que practicar, tantos mandamientos y virtudes que poner por obra, que nos es imposible combatir en todos los frentes y, en un momento de nuestra vida es importante saber qué virtud debe ser la prioritaria, no según nuestros criterios, sino según lo que Dios nos pide en realidad, lo que será infinitamente más eficaz. No siempre es lo que pensamos de forma espontánea, y habría mucho que decir respecto a eso: suele ocurrir que hagamos unos esfuerzos desmesurados para avanzar en un punto, cuando lo que Dios nos pide es otra cosa. Por ejemplo, luchamos denodadamente por corregir un defecto de carácter, mientras que lo que Dios nos pide es el de aceptarnos a nosotros mismos con humildad y con paciencia! Las inspiraciones de la gracia son muy valiosas, pues nos permiten orientar acertadamente nuestros esfuerzos en la multitud de combates que hemos de entablar... Sin ellas, corremos el gran riesgo de relajarnos en

determinados aspectos, o de exigirnos a nosotros mismos más de lo que Dios nos pide, algo que es igualmente grave y más frecuente de lo que parece. Dios nos llama a la perfección, pero no es perfeccionista. Y la perfección no se alcanza tanto por la identificación exterior con un ideal, como por la fidelidad interior a unas inspiraciones.

Existe una segunda razón demostrada por la experiencia. Con frecuencia no tenemos la fuerza de cumplir la voluntad y los mandamientos de Dios que conocemos y que son válidos para todos. Ahora bien, cada vez que somos fieles en nuestra respuesta a una moción del Espíritu con el deseo de ser dóciles a lo que Dios espera de nosotros -incluso a propósito de algo casi insignificante en sí-, esta fidelidad atrae sobre nosotros un aumento de gracia y de fortaleza que podrá aplicarse a otros aspectos, y que quizá un día nos hará capaces de obedecer a esos mandatos, pues hasta el momento, carecemos de la fuerza para cumplirlos. Podríamos decir que es una aplicación de la promesa de Jesús en el Evangelio:

«Siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho» (Mt 25, 23). Podemos deducir una «ley espiritual» fundamental: Obtendremos la gracia de ser fieles en las cosas importantes lo que por el momento nos resulta imposible a fuerza de ser fieles en las cosas pequeñas a nuestro alcance, sobre todo cuando esas cosas pequeñas son las que nos pide el Espíritu Santo llamando a nuestro corazón por medio de sus inspiraciones.

Terminemos este párrafo con una consideración, también fundamental, para motivarnos en el deseo de fidelidad a esas inspiraciones. Si nos proponemos luchar por lograr algún progreso espiritual según nuestras ideas y nuestros propios criterios, no tenemos el éxito asegurado. Ya lo hemos dicho: entre lo que Dios nos pide realmente y lo que nosotros imaginamos que nos pide, suele haber una enorme diferencia. No obtendremos la gracia para hacer lo que Dios no nos pide, y al contrario, tenemos asegurada su gracia para lo que espera de nosotros: Dios da lo que ordena. Cuando nos inspira hacer algo (si realmente es Él la fuente de esta inspiración), concede al mismo tiempo la capacidad para hacerlo, incluso si nos supera o nos asusta en un primer momento... Toda moción divina, al tiempo que es luz para comprender lo que Dios desea, es fuerza para cumplirlo: luz que ilumina la inteligencia, y fuerza que anima a la voluntad.

2.3. LA FIDELIDAD A LA GRACIA ATRAE A OTRAS GRACIAS

Veamos un breve relato de sor Faustina, extraído también de su Diario.

«Aquella noche, yo intentaba cumplir mis obligaciones hasta la bendición, pues me sentía más enferma que de costumbre. Inmediatamente después de la bendición, fui a acostarme. Pero de repente, al entrar en mi cuarto, sentí interiormente que tenía que ir a la celda de sor N., que tenía necesidad de ayuda. Entré enseguida en su celda, y sor N. me dijo: “¡Oh, hermana mía, qué bien que Dios te haya traído!”. Hablaba en voz tan baja que apenas podía oírla. Me dijo: “Hermana mía, por favor trata de traerme un poco de té con limón. Tengo mucha sed y no puedo moverme porque sufro mucho”. Y realmente era así, y tenía mucha fiebre. La acomodé mejor, y un poco de té calmó su sed. Cuando volví a mi celda, mi alma estaba inundada de un gran amor de Dios, y comprendí que es preciso estar muy atento a las inspiraciones interiores y obedecerlas fielmente. Y la fidelidad a una gracia atrae a otras». (Santa Faustina Kowalska, op. cit.)

Este texto ilustra algunas de las cosas dichas anteriormente. Subraya un punto capital: cada fidelidad a una inspiración está recompensada con gracias más abundantes, en especial con unas inspiraciones más frecuentes y más poderosas, y aparece también como un impulso del alma hacia una mayor fidelidad a Dios, una percepción más clara de su voluntad y una mayor facilidad para cumplirla. Así lo afirma también san Francisco de Sales:

«Cuando se aprovecha bien una inspiración que el Señor nos da, nos concede otra, y así Nuestro Señor continúa otorgando sus gracias a medida que se aprovechan»⁸. (8 Carta 2074 en la edición de Annecy. Al presentar los puntos esenciales de la espiritualidad de san Francisco de Sales, el padre Ravier afirma que «las inspiraciones son uno de los medios de los que se sirve el Espíritu Santo para guiar a cada uno en cada instante. Discernirlos y seguirlos es uno de los puntos más importantes de la vida devota», en Francisco de Sales, *Lettres d'amitié spirituelle*, Desclée de Brouwer, p. 818.)

El dinamismo fundamental que podrá conducirnos poco a poco hacia la santidad: radica en nuestra fidelidad a una gracia que atrae a otras. Santa Teresa de Lisieux nos atestigua también ese «dinamismo de la fidelidad» que hace cada vez más fácil el cumplimiento de la voluntad de Dios:

«La práctica de la virtud me resulta dulce y natural; al principio, mi rostro solía traslucir el combate, pero poco a poco desapareció esa impresión y se me hizo fácil la renuncia desde el primer momento. Jesús lo dijo: “Al que tiene, se le dará y abundará”. Por una gracia fielmente recibida, Él me concedía una multitud de otras...» (Manuscrito autobiográfico A, folio 48.)

Añadamos que esto va acompañado de la gracia de la felicidad: normalmente, la obediencia al Espíritu nos cuesta en un primer momento, porque choca con nuestros temores, con nuestros apegos, etc., pero a fin de cuentas, esta obediencia siempre lleva consigo una efusión de gracia que ensancha el corazón, y hace que el alma se sienta libre y feliz al caminar por los caminos del Señor: «Correré por el camino de tus mandamientos, pues tú ensancharás mi corazón» (Sal 119, 32). Dios nos recompensará ampliamente, con una generosidad que sólo es propia de Él: nos

trata como el Dios que es... Hay también en ello como una ley espiritual confirmada por la experiencia, y que merece ser apuntada: esta vía de la docilidad a las mociones del Espíritu Santo, aunque es exigente, pues «el Espíritu sopla donde quiere» (Jn 3, 8), es una vía de libertad y de felicidad en la que el alma camina sin coacción, y el corazón no se siente oprimido, sino dilatado. Esta dilatación del corazón es como un signo patente de la presencia del Espíritu.

El Espíritu Santo recibe acertadamente el apelativo de «Consolador». Cuando las acogemos, estas llamadas del Espíritu que nos iluminan y nos empujan a obrar, vierten en nuestro corazón, además de luz y fuerza, una especie de bálsamo de descanso y de paz que con frecuencia nos colma de consuelo. Incluso en el caso de que su objeto fuera de escasa importancia, esas llamadas, al proceder del Espíritu divino, participan del poder que Dios tiene para consolarnos y colmarnos.

Por sí sola, una gotita del bálsamo del Espíritu Santo puede llenar nuestro corazón de un contento mayor que todos los bienes de la tierra, porque participa de la infinitud de Dios. ("Richard de Saint-Victor dice: «Me atrevo a afirmar que una sola gota de esos consuelos divinos puede hacer lo que todos los placeres del mundo no podrían lograr. Estos no serenar el corazón, y una sola gota de la dulzura interior que el Espíritu Santo vierte en el alma la arrebatara fuera de sí y le causa una santa embriaguez.»)

«Derramas el óleo sobre mi cabeza y mi copa rebosa» (Sal 23). Y esta unción del Espíritu se derrama irremisiblemente en el alma que hace el bien que le inspira el Espíritu. Y encontramos otra importante ley de la vida espiritual: lo que es capaz de satisfacer a nuestros corazones, no son tanto los bienes que recibimos, sino el bien inspirado por Dios que practicamos. Hay más felicidad en dar que en recibir.

Acabamos de demostrar hasta qué punto es fecundo acoger y obedecer a las mociones del Espíritu, e incluso llegar a decir, con sor Faustina, que es el principal medio de nuestra santificación. Se nos plantean distintas preguntas: «¿cómo reconocer y discernir esas mociones del Espíritu? ¿Recibimos todas esas mociones? ¿Con qué frecuencia? ¿Cómo favorecer su presencia en nuestra vida espiritual?

A continuación intentaremos responder a esas preguntas, empezando por la última.

3.

SEGUNDA PARTE.

¿CÓMO FAVORECER LA IRRUPCIÓN DE LAS INSPIRACIONES?

Dios ama a los hombres con un amor igual y quiere conducirlos a todos a la perfección, pero al mismo tiempo tiene caminos distintos para unos y otros. Lo que quiere decir que las inspiraciones de la gracia tendrán frecuencias y manifestaciones muy diferentes de una persona a otra. No se puede obligar al Espíritu, y Dios es dueño de sus dones.

No obstante, no podemos dudar de que Dios concederá a todo el mundo las inspiraciones necesarias para su propia santificación.

Oigamos a san Francisco de Sales:

«¡Oh, cuán dichosos son aquellos que tienen sus corazones abiertos a las inspiraciones santas! Porque jamás faltan a nadie las que le son necesarias para vivir santa y piadosamente en su estado y para ejercer religiosamente las obligaciones de su profesión y vida. Porque, así como Dios, por mediación de la naturaleza, da a cada animal los instintos que le son necesarios para su conservación y para el ejercicio de sus propiedades naturales, así también, si nosotros no resistimos a la gracia divina, danos a cada uno las necesarias inspiraciones para vivir, obrar y conservarnos santamente en la vida espiritual»'. ('Tratado del amor de Dios, Primer Monasterio de la Visitación, Madrid 1984. Libro 8, Capítulo 10.)

Hay que añadir también que esas mociones del Espíritu, incluso si desgraciadamente ocupan un escaso lugar en la existencia de muchos cristianos, no son nada especial en sí mismas, sino que forman parte de un «funcionamiento normal» de la vida espiritual.

Así lo sugiere san Pablo cuando dice: «todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Rom 8, 14), y también: «si vivimos según el Espíritu, caminemos también según el Espíritu» (Gal 5, 25). Todos hemos recibido la adopción filial y la gracia del Espíritu Santo a través del bautismo. El fruto normal de ese sacramento es la aparición en nuestra vida de lo que se llama en teología los «dones del Espíritu Santo», que tienen por objeto «disponer al alma a experimentar prontamente el impulso de la inspiración divina» (Suma Teológica, la IIae q. 68 a. 1.) (Santo Tomás de Aquino). Y dice también: «Los dones del Espíritu Santo capacitan a las almas para someterse a las mociones divinas».

Todo cristiano debe, pues, desear y pedir las gracias de la inspiración. Ciertamente, Dios las concede en mayor o menor medida, y «a quien mucho se le ha dado, mucho se le exigirá» (Lc 12, 48), como al que menos se la ha dado, menos se le pedirá.

Falta decir que no son facultativas, pero pueden ser decisivas para nuestro avance espiritual, y el hecho de acogerlas en nuestra vida es de la mayor importancia.

¿Qué es lo que permite concretamente la manifestación de las inspiraciones de la gracia? ¿Qué hemos de hacer para que el Señor nos haga beneficiarnos de ellas en la mayor medida posible? A continuación damos cierto número de condiciones que favorecen su manifestación.

3.1. PRACTICAR LA ALABANZA Y LA GRATITUD

Quizá, lo que nos impide recibir de Dios unas gracias más abundantes es simplemente no reconocer las que nos ha concedido y no agradecerse las suficientemente.

No hay duda de que si damos gracias a Dios con todo nuestro corazón por cada gracia recibida, en especial por las inspiraciones, El nos concederá aún más.

Oigamos a Santa Teresa de Lisieux hablando a su hermana Céline:

«Lo que más atrae las gracias de Dios es la gratitud, pues si le agradecemos un bien, se conmueve y se apresura a concedernos diez más, y si se las agradecemos con la misma efusión ¡qué incalculable multiplicación de gracias! Yo tengo la experiencia, inténtalo y lo verás. Mi gratitud por todo lo que me da no tiene límites, y se lo demuestro de mil maneras»⁴. 4 Conseils et souvenirs, recogidos por sor Genoveva

No se trata de actuar con «cálculo», sino de ser conscientes de que nuestra ingratitud con respecto a Dios nos repliega sobre nosotros mismos y nos cierra a su gracia. «Bendice alma mía a Yavé y no olvides ninguno de sus favores», dice el salmo¹. (. 5 Sal 103, 2.) La alabanza purifica el corazón y lo dispone maravillosamente a recibir la gracia divina y las mociones del Espíritu Santo.

3.2. DESEARLAS Y PEDIRLAS

Por supuesto, es preciso desearlas y pedir las con frecuencia en la oración: «Pedid y se os dará» (Lc 11, 9). Esa debería ser una de las peticiones que dirigimos a Dios con mayor frecuencia: «Inspírame en todas mis decisiones, y haz que no descuide ninguna de tus inspiraciones.»

Debemos pedirlo en todas las circunstancias de nuestra vida. En momentos especiales, ante unas decisiones importantes, o cuando tenemos la impresión de que nuestra vida con el Señor se estanca un poco y hemos de vivificarla, quizá nos es conveniente tomarnos unos días de retiro y de rezar con más intensidad para pedir la luz del Espíritu Santo. Y sería bien sorprendente que Dios no nos responda entonces con sus inspiraciones.

3.3. ESTAR DECIDIDOS A NO NEGAR A DIOS COSA ALGUNA

Más que una oración consciente y concreta sobre este tema, es importante que haya en nosotros una firme y constante determinación de obedecer a Dios en todas las cosas, grandes o pequeñas, sin excepción. Cuanto mayor es nuestra actitud de plena fidelidad, más nos favorece Dios con sus inspiraciones.

Yo no digo que haya que ser efectivamente capaces de obedecer en todo a Dios: eso, indudablemente, es todavía imposible a causa de nuestra fragilidad. Pero hay que estar firmemente decididos, y actuar de modo que, especialmente gracias a la oración, nos fortalezcamos incesantemente en el propósito de no descuidar ninguno de los deseos que Dios podría expresarnos, por insignificante que sea.

Advirtamos que esta determinación no debe convertirse en escrúpulos de los que podría servirse el demonio para desalentarnos, como el temor a «dejar de lado la voluntad de Dios» o la angustia de no captarla. En ese ámbito, como en todos, hemos de dejarnos guiar por el amor y no por el temor y, como decía san Francisco de Sales, hemos de «amar la obediencia más que temer a la desobediencia»(Carta a santa Juana de Chantal.)

. Debemos fortalecernos sin cesar en el propósito de ser dóciles a Dios, cuidando de que el demonio no se sirva jamás de él para turbarnos con inquietudes o para descorazonarnos cuando se produzcan nuestras inevitables caídas.

3.4. VIVIR UNA OBEDIENCIA FILIAL Y CONFIADA

Para conseguir que Dios nos desvele su voluntad a través de sus inspiraciones, es preciso empezar por obedecer a los deseos de Dios que ya conocemos. Esto tiene varios campos de aplicación.

Como hemos dicho anteriormente, cada fidelidad a la gracia atrae gracias nuevas, siempre más abundantes. Si estamos atentos a obedecer a las mociones del Espíritu, éstas serán más numerosas. Y al contrario, si somos negligentes, correrán el riesgo de hacerse más escasas. «A todo el que tiene, se le dará, pero al que no tiene, incluso lo que tiene se le quitará» (Lc 19, 26), dice Jesús. Ese es ya un primer principio. Para obtener más inspiraciones, hay que empezar por obedecer a las que recibimos.

Es evidente que Dios nos gratificará con nuevas inspiraciones siempre que nos vea más fieles en el cumplimiento de su voluntad cuando ésta se nos manifiesta por otras vías: los mandamientos, nuestros deberes de estado, etc. Conocemos múltiples expresiones de la voluntad de Dios sin necesidad de que sean inspiraciones especiales: la voluntad de Dios se nos da a conocer de un modo general por medio de los mandamientos de la Escritura, las enseñanzas de la Iglesia, las exigencias propias de nuestra vocación, de nuestra vida profesional, etc.

Si existe en nosotros un deseo sincero de fidelidad en todos esos ámbitos, el Espíritu de Dios nos favorecerá con más mociones. Si somos negligentes en nuestros deberes habituales, por muchas inspiraciones particulares que pidamos a Dios, pocas posibilidades tendremos de que nos escuche...

No olvidemos tampoco aceptar por amor de Dios todas las ocasiones legítimas que se nos ofrecen para vivir la obediencia en el terreno de la vida comunitaria, familiar o social. Ciertamente, hay que obedecer a Dios más que a los hombres, pero es ilusorio creernos capaces de obedecer a Dios cuando somos incapaces de obedecer a los hombres. En ambos casos, hay que superar los mismos obstáculos: el apego a nosotros mismos, a nuestra voluntad propia. El que sólo obedece a las personas si ello le complace, se hace muy dulces ilusiones en cuanto a su capacidad de obedecer al Espíritu Santo. Si no estoy dispuesto a renunciar nunca a mi propia voluntad (mis ideas, mis gustos, mis aficiones...) frente a los hombres, ¿qué me garantiza que seré capaz de ello cuando Dios me lo pida?

3.5. VIVIR EL ABANDONO

Por último, no olvidemos la forma de obediencia quizá más importante y más descuidada: es lo que podríamos llamar «la obediencia a los acontecimientos». A fin de cuentas, los sucesos de la vida son la expresión más segura de la voluntad de Dios, porque no corren el riesgo de una interpretación subjetiva. Si Dios nos ve dóciles a los acontecimientos, capaces de aceptar serena y amorosamente lo que nos «imponen» las circunstancias de la vida con un espíritu de confianza filial y de abandono a su voluntad, no hay duda de que multiplicará para nosotros las manifestaciones más personales de su voluntad a través de la acción de su Espíritu, que habla a nuestro corazón.

Y al contrario, si persistimos en rebelarnos y endurecernos ante las contrariedades, esta forma de desconfianza con respecto a Dios difícilmente permitirá que el Espíritu Santo guíe nuestra vida.

Lo que nos impide en gran manera hacernos santos es, sin duda, nuestra dificultad para aceptar plenamente todo lo que nos sucede. No en el sentido de un fatalismo que nos haría completamente pasivos, sino en el de un abandono confiado y total en las manos del Padre.

Cuando nos enfrentamos a acontecimientos dolorosos, aunque no nos rebelamos, los sufrimos de mal grado o nos resignamos pasivamente. No obstante, Dios nos invita a una actitud más fecunda y positiva: hacer como santa Teresita, que decía: «Yo elegí todo», sobreentendiéndose: Yo elijo todo lo que Dios quiere para mí. No me limito a sufrir, sino, por una decisión libre de mi voluntad, decido elegir lo que no he elegido. Santa Teresita tiene esta frase: «Quiero todo lo que me contraría». Exteriormente esto no cambia en nada la situación, pero interiormente lo cambia todo; esa aceptación, inspirada por el amor y la confianza, me hace libre, ahora activo y no pasivo, y permite a Dios sacar un bien de todo lo que me sucede, de lo bueno como de lo malo.

Evidentemente, esta noción plantea un difícil problema teológico y existencial. No se trata de caer en el fatalismo o en la pasividad, ni de decir que todo lo que sucede es voluntad de Dios: Dios no quiere el mal ni el pecado. Muchas de las cosas que ocurren no se deben a la voluntad de Dios, pero, en su sabiduría -que resulta escandalosa para nuestra inteligencia- las permite. Dios nos pide que hagamos todo lo posible por eliminar el mal. Pero sucede que, cualesquiera que sean nuestros esfuerzos, se dan una serie de circunstancias que no podemos dominar, que no son obligadamente queridas por Dios, pero que sin embargo las permite, y nos invita a aceptarlas con paz y confianza, incluso si nos hacen sufrir y nos contrarían. No se trata de aceptar el mal, sino aceptar la misteriosa sabiduría de Dios, que permite el mal. Esta aceptación no es un compromiso: es la expresión de una confianza en Dios más fuerte que el mal. En ello hay una forma de obediencia, dolorosa pero fecunda. Significa que, después de haber hecho todo lo que cabe, estamos invitados, ante lo que los acontecimientos imponen de todos modos a nuestra voluntad, a vivir una actitud de abandono y confianza filial en nuestro Padre celestial, en la seguridad de que «todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios» (Rom 8, 28). Por poner un ejemplo; Dios no quiso la traición de Judas o la cobardía de Pilatos (Dios no puede querer el pecado), pero las permitió, y quiso que Jesús aceptara filialmente esos hechos, como lo hizo: «Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya» (Mc 14, 36).

3.6. VIVIR EL DESPRENDIMIENTO

No podemos recibir las mociones del Espíritu si estamos endurecidos, apegados a nuestros bienes, a nuestras ideas, a nuestros criterios, etc. Para dejarnos guiar por el Espíritu de Dios, necesitamos una gran docilidad y una flexibilidad que se adquieren poco a poco a través de la práctica del desprendimiento. Esforcémonos por no «apegarnos» a nada en el aspecto material, afectivo o incluso espiritual. No en el sentido de convertirse en un «no me importa...» o de mostrarnos indiferentes a todo, ni en el de practicar una especie de ascesis forzada para despojarnos de todo lo que constituye nuestra vida; eso no suele ser lo que el Señor nos pide.

Es preciso mantener nuestro corazón en una actitud de desprendimiento, conservar una especie de libertad, de distancia y de reserva interior ante todo, que hace que si se nos impide tal cosa, tal costumbre, tal relación, tal proyecto personal, no hagamos un drama. Este desprendimiento debe practicarse en todos los aspectos de nuestra vida. Pero indudablemente, el aspecto material no es el más importante: a veces vemos mucho más obstaculizado nuestro avance espiritual por el apego a determinadas ideas, criterios y comportamientos propios.

Oigamos el consejo de un franciscano del siglo xvi:

«Que vuestra voluntad esté siempre preparada para cualquier eventualidad. Y que vuestro corazón no se esclavice a nada. Cuando experimentéis algún deseo, hacedlo de modo que no sufráis en caso de fracaso, sino mantened el espíritu tan tranquilo como si no hubieseis anhelado cosa alguna. La verdadera libertad consiste en no apegarse a nada. Así es como Dios busca vuestra alma para realizar en ella cosas grandiosas».(Juan de Bonilla, Breve Tratado de la paz del alma, col. Nebli, Rialp, 2005, p. 34.)

El apego a nuestro propio «saber», incluso cuando se traza unos fines que son excelentes en sí mismos, es quizá el peor obstáculo a la docilidad al Espíritu Santo: un obstáculo tanto más grave, cuanto que suele ser inconsciente, pues evidentemente es más fácil no ser consciente de un apego a nuestra propia voluntad cuando lo que deseamos es una cosa buena en sí: como el bien pretendido es bueno, nos justificamos de quererlo con una obstinación que nos ciega, sin damos cuenta de que el modo en que tratamos de que se haga realidad nuestra idea no corresponde obligatoriamente a los planes de Dios.

Nunca se dará una coincidencia perfecta entre la sabiduría de Dios y la nuestra, lo que significa que, cualquiera que sea la etapa de nuestro itinerario espiritual, jamás estaremos dispensados de vivir el desprendimiento en relación con nuestros criterios personales, por bien intencionados que sean.

3.7. VIVIR EL SILENCIO Y LA PAZ

El Espíritu de Dios es un espíritu de paz, habla y actúa en la paz, nunca en la inquietud y en la agitación. Además, las mociones del Espíritu son toques delicados, que no se manifiestan en el estrépito, y sólo pueden emerger en nuestra consciencia espiritual si existe en ella una zona de calma, de serenidad y de paz. Si nuestro interior es siempre ruidoso y agitado, la dulce voz del Espíritu Santo tendrá muchas dificultades para hacerse oír.

Esto significa que, si queremos percibir las mociones del Espíritu Santo y obedecerlas, adquiere la mayor importancia el hecho de tratar de mantener nuestro corazón en paz en toda ocasión.

Esto no es fácil, pero a fuerza de luchar por adquirir la esperanza en Dios, el abandono, la humildad y la aceptación de nuestras miserias gracias a una confianza incommovible en la misericordia divina, llegaremos a ello paso a paso. No queremos insistir aquí en este tema, pues ya lo hemos tratado en otro libro (La paz interior, Jacques Philippe. Rialp. ed., 2004.)

Pero es importante subrayarlo, porque si no tratamos de «vivir la paz» en todas las circunstancias que nos hacen perderla (y son numerosas), difícilmente seremos capaces de escuchar la voz del Espíritu Santo cuando quiera hablar a nuestro corazón: se lo impedirá la agitación que permitimos que reine en él. Como ya explicamos en la obra citada, cuando atravesamos por momentos difíciles, es muy beneficioso el esfuerzo que hacemos por permanecer en paz en toda ocasión. Justamente el hecho de mantener esa paz, nos dará el máximo de oportunidades para reaccionar ante esa situación, no de un modo humano, inquieto y precipitado (que nos puede llevar al desastre), sino prestando atención a lo que el Espíritu Santo pueda sugerirnos, lo que, bien entendido, será muy provechoso. Pongamos, pues, en práctica estas palabras de san Juan de la Cruz:

«Procure conservar el corazón en paz; no le desasosiegue ningún suceso deste mundo" (Dichos de luz y amor, 153, en Vida y obras de San Juan de la Cruz, BAC, Madrid 1978). Aunque todo se derrumbe aquí abajo y todos los acontecimientos nos sean adversos, sería inútil que nos turbásemos, pues esa turbación nos aportaría más perjuicio que provecho» (Máxima 175.)

Y el mayor de estos perjuicios será el de hacernos incapaces de obedecer a los impulsos del Espíritu Santo.

Esto va unido a la práctica del silencio. Un silencio que no es un vacío, sino que es paz, atención a la presencia de Dios y a la presencia del otro, espera confiada y esperanza en Dios. Evidentemente, el exceso de ruido -no en sentido físico, sino en el de ese torbellino incesante de pensamientos, de imaginaciones, de palabras oídas o dichas en las que nos solemos dejar atrapar, y que no hacen más que alimentar nuestras preocupaciones, nuestros temores, nuestras insatisfacciones, etc.- deja al Espíritu Santo muy pocas posibilidades de poder expresarse. El silencio no es un «vacío», sino una actitud general de interioridad que permite preservar en nuestro corazón una «celda interior» (en palabras de santa Catalina de Siena) en la que estamos en presencia de Dios y conversamos con Él. El silencio es todo lo contrario de la dispersión del alma hacia fuera, de la curiosidad, de la charlatanería, etc.: es la capacidad de entrar de un modo natural en nuestro interior imantados por la presencia de Dios que nos habita.

3.8. PERSEVERAR FIELMENTE EN LA ORACIÓN

Esas aptitudes de las que acabamos de hablar, que facilitan la manifestación de las mociones del Espíritu, sólo podremos adquirirlas progresivamente, y exigen una plena fidelidad a la oración. Para fortalecernos en la determinación de no negar cosa alguna a Dios; para vivir el desprendimiento, el abandono filial y confiado; para aprender a amar el silencio y la interioridad; para descubrir ese «lugar del corazón» al que el Espíritu nos convoca dulcemente, es indispensable la oración. No queremos hablar aquí de ello, pues lo hemos hecho extensamente en otro lugar, pero es necesario recordar lo provechoso que es el dedicar, fiel y regularmente, un tiempo a esta práctica de la silenciosa oración personal que el mismo Jesús nos recomienda: «Cuando te pongas a orar entra en tu habitación y cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo oculto» (Mt 6, 6).

3.9. EXAMINAR LOS MOVIMIENTOS DE NUESTRO CORAZÓN

¿Dónde nacen esas inspiraciones de la gracia? No nacen en nuestra imaginación o en nuestra cabeza, sino que surgen en lo más íntimo de nuestro corazón. Para reconocerlas, es preciso estar atentos a lo que ocurre en él, a los «movimientos» que podemos detectar en su interior, y saber distinguir si esos movimientos provienen de nuestra naturaleza, de la acción del demonio o de la influencia del Espíritu Santo. Más adelante trataremos de esa distinción. De momento queremos decir esto: si atendemos a todos los consejos citados anteriormente, obtendremos la capacidad de estar atentos a lo que sucede en el nivel más profundo y más importante de nuestro interior: un nivel en el que no siempre hay más trepidación, sino que es el íntimo lugar del corazón del que vamos tomando conciencia poco a poco, y donde el Espíritu hace nacer sus mociones.

Aprendiendo a advertir los diversos movimientos de nuestra alma, aprenderemos también a reconocer las mociones del Espíritu Santo. Eso no significa que hayamos de caer en una especie de introspección psicológica continua, inquieta y forzada, que podría centrarnos en nosotros mismos, o hacer de nosotros un juguete de vaivén de emociones y pensamientos que no conducen a nada bueno.

Se trata de vivir en tal disposición habitual de deseo de Dios, de paz, de oración, de atención a lo que sucede en nosotros que, si hace surgir en nuestro interior algún movimiento de la gracia, no sea ahogado o no se pierda en el «ruido de fondo» de otras demandas o emociones, sino que pueda brotar en nuestra conciencia y ser reconocido como una inspiración divina.

Eso exige una especie de vigilancia que nos obliga a examinar de vez en cuando lo que nos mueve, lo que nos impulsa a hacer ciertas cosas en lugar de otras. Esta vigilancia nos hace capaces de percibir en nosotros una diversidad de movimientos.

Algunos de ellos son movimientos «desordenados», es decir tendencias a decir o hacer algo cuyo origen no es sano.

En efecto, a menudo nos sentimos movidos por el temor, por el resentimiento, por la cólera, por la agresividad, por la necesidad de hacernos notar o admirar por los demás, por la sensualidad, etc. Esas mociones «desordenadas» pueden proceder de nuestra «naturaleza corrompida» como se decía antes; hoy diríamos que provienen de nuestras «heridas», lo que viene a ser lo mismo. También pueden venir del demonio, y en ese caso se trata de tentaciones. Y al contrario, en ocasiones nos vemos impulsados por movimientos buenos, como un deseo sincero y desinteresado de ayudar a alguien. Esos movimientos buenos pueden tener un origen natural (¡no todo está corrompido en nosotros!) o sobrenatural, es decir ser el fruto de la actuación de la gracia divina en nuestra alma de un modo no forzosamente consciente. Apuntemos también que algunos movimientos aparentemente buenos (cuyo fin parece bueno) pueden no serlo en realidad, y provenir del demonio, que es astuto y que, en ocasiones, nos empuja a hacer algo que parece bueno, pero que, de hecho, es contrario a la voluntad de Dios y cuyos resultados serían negativos en nuestra vida.

El clima de interioridad del que hablamos nos ayuda a percibir la diversidad de esos movimientos, de su origen, de sus efectos: por ejemplo, los que dejan en nosotros alegría y paz, y los que, al contrario, suscitan inquietud y tristeza, etc.

Este examen de nuestro corazón nos ayudará especialmente a tomar conciencia de ciertos movimientos que surgen en nuestro interior de vez en cuando y que, con un poco de experiencia, llegaremos a ser capaces de identificar como invitaciones del Espíritu Santo, que nos impulsa a hacer (o no hacer) determinadas cosas; nos referimos a inspiraciones de la gracia, y de la importancia que tiene el seguirlas, pues son muy fecundas para nuestro progreso espiritual y muy valiosas para ayudarnos en el servicio de Dios y del prójimo. Estas inspiraciones pueden ser más o menos abundantes, eso depende de Dios.

No obstante, mejor será no dejarlas perder, pues nos abren a la acción del «Espíritu Santo que acude en ayuda de nuestra flaqueza» (Rom 8, 26).

3.10. ABRIR EL CORAZÓN A UN DIRECTOR ESPIRITUAL

Si contamos con la posibilidad de abrir nuestro corazón a una persona que pueda aconsejarnos espiritualmente, se nos facilitará extraordinariamente el discernimiento de la acción del Espíritu Santo. Frecuentemente, no somos capaces de ver con claridad en nosotros mismos, en nuestras motivaciones, etc., y explicando con palabras lo que estamos viviendo, conseguiremos la luz a través del diálogo con una persona que cuente con cierta experiencia.

Sabemos que Dios «bendice» la actitud de abrir el corazón. En efecto, es una actitud de humildad (reconocemos que no nos bastamos a nosotros mismos) y de confianza en el otro; además, da pruebas de que, puesto que ponemos los medios, es realmente sincero nuestro deseo de ver claro para cumplir la voluntad de Dios. Estas disposiciones agradan mucho a Dios, que no deja de responder a ellas con sus gracias. Es preciso pedir encarecidamente al Señor que nos proporcione alguien al que abrir nuestro corazón, y aprovechar las ocasiones que nos concede con este objeto, lo que en ciertas circunstancias exige valor. No desesperemos, sin embargo, si, aun sin culpa por nuestra parte, no lo logramos fácilmente. Si no encontramos un padre espiritual a pesar de buscarlo sinceramente, no nos preocupemos: Dios proveerá de otro modo.

Añadamos que no hemos de descuidar la confesión frecuente: incluso aunque no llegue a ser una dirección espiritual, es también un camino de purificación del corazón y de luz para comprender lo que sucede en nuestra alma.

4.

TERCERA PARTE.

¿CÓMO SE RECONOCE QUE UNA INSPIRACIÓN PROCEDE DE DIOS?

Ahora llegamos a la cuestión más delicada. En esa confusa y frecuente multitud de pensamientos, emociones y sensaciones que nos habitan interiormente, ¿cómo reconocer las inspiraciones que tienen su origen en Dios? ¿Cómo identificar lo que viene del Espíritu Santo sin confundirlo con lo que quizá es fruto de nuestra imaginación, de la autosugestión, o de las tentaciones del demonio, etc.?

Evidentemente, no existe una respuesta automática. Nuestro «yo», y las diferentes influencias de orden psicológico o espiritual que actúan sobre él, forman un universo demasiado complejo como para reducir el discernimiento de las mociones del Espíritu Santo a algunas reglas que bastaría aplicar mecánicamente.

Sin embargo, podemos hacer algunas reflexiones y formular ciertos criterios que nos permitan orientarnos. Estos criterios no nos harán lograr una infalibilidad que no existe en esta materia, aunque bastan para ir adelante (incluso si a veces lo hacemos a tientas) y para hacer posible una colaboración cada vez más estrecha entre nuestra libertad y la gracia divina.

4.1. LA ADQUISICIÓN PROGRESIVA DE UN «SENTIDO ESPIRITUAL»

Antes de pasar revista a los criterios que nos permitan identificar las mociones del Espíritu, deseáramos hacer una importante puntualización.

En definitiva, lo que nos permitirá reconocer con mayor facilidad y prontitud las mociones divinas y corresponder a ellas, es el desarrollo en nosotros de una especie de «sentido espiritual» que es inexistente o muy tosco en el comienzo de la vida, pero que puede afinarse mucho gracias a la experiencia, y sobre todo a la fidelidad en nuestro firme caminar en seguimiento del Señor'. (El desarrollo de ese «sentido espiritual» procede de la teología de los «dones del Espíritu Santo», tal y como la han expuesto santo Tomás de Aquino y muchos otros autores, cada uno a su modo. No entraremos en ello, ni hablaremos con detalle de los diversos dones del Espíritu Santo, pues complicaría nuestra exposición, que pretendemos hacer lo más sencilla posible. No obstante, ver el texto de san Francisco de Sales en el anexo.)

Este «oído espiritual» es una especie de aptitud para descubrir la voz única y reconocible de Jesús entre todas las múltiples y discordantes voces que se dejan oír en el interior de nosotros mismos. Ese sentido es una como familiaridad amorosa, que nos hace distinguir, cada vez más con mayor facilidad, la voz del Esposo en medio del concierto de los sonidos que se presentan a nuestros oídos.

El Espíritu Santo utiliza un «tono de voz» para cada uno, un timbre que le es propio, con una dulzura y una fuerza, una pureza y una claridad especial que, cuando estamos acostumbrados a oírlo, nos permiten reconocerlo casi con toda seguridad. Por supuesto, el demonio, «mono de imitación de Dios», tratará en alguna ocasión de imitar la voz del Esposo. Pero si, gracias a esa familiaridad amorosa y a la búsqueda constante y pura de la voluntad divina, estamos realmente habituados a ella, reconoceremos fácilmente la otra que, por bien imitada que esté, «desafina» en alguna parte, y por tanto no es la voz de Dios.

En el Evangelio de Juan, Jesús nos promete que el Espíritu Santo se nos dará progresivamente. Hablando de sí mismo como del Buen Pastor, dice: «... las ovejas me siguen porque conocen mi voz. Pero no siguen a un extraño, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños» (Jn 10, 4-5).

4.2. CRITERIOS QUE PERMITEN DECIR QUE UNA INSPIRACIÓN VIENE DE DIOS

Ese «sentido espiritual» necesita basarse en criterios de discernimiento para formarse progresivamente.

4.2.1. Criterio externo: Dios no se contradice

Existen cierto número de criterios, que podríamos llamar «externos», a los que deben ajustarse las inspiraciones para poder identificarlas como venidas de Dios; en especial, esos criterios permiten eliminar, como no procedentes de Dios, algunas pseudo-inspiraciones que se nos presentan. Estos criterios se desprenden sencillamente de la coherencia de Dios: el Espíritu Santo no puede inspirarnos algo que sea contradictorio con su voluntad, tal y como se expresa por los medios más usuales: la Palabra de Dios, la enseñanza de la Iglesia y las exigencias de nuestra vocación.

4.2.2. Coherencia con la Sagrada Escritura y la enseñanza de la Iglesia

Una inspiración divina no puede incitarnos a hacer algo que esté en contradicción con lo que la Palabra de Dios nos enseña y nos pide. Y no una palabra de Dios entregada a la fantástica interpretación de cada uno, sino la Sagrada Escritura como nos ha sido transmitida y explicada por el magisterio de la Iglesia. Por ejemplo, una inspiración no puede pedirme realizar unos actos que la Iglesia considera inmorales.

En consecuencia, las auténticas inspiraciones irán siempre en el sentido de un espíritu de obediencia a la Iglesia. Indudablemente, no sería de inspiración divina el comportamiento de un religioso que desobedeciera a sus superiores, o un obispo al Santo Padre, aunque el fin fuera loable en sí. «Cuando Dios arroja sus inspiraciones en un corazón, la primera que Él comunica es la de la obediencia»¹, (Tratado del Amor de Dios, libro 8, capítulo 13.) dice san Francisco de Sales.

4.2.3. Coherencia con las exigencias de mi propia vocación

De mi vocación particular (como persona casada, consagrada, padre, sacerdote etc.) y de las circunstancias de mi vida (obligaciones profesionales, etc.) se deriva todo un conjunto de exigencias que constituyen la voluntad de Dios para mí. Una inspiración no puede pedirme algo que esté en contradicción manifiesta con lo que antes se llamaba «los deberes de estado». El Espíritu Santo puede incitar a una madre de familia a preocuparse un poco menos por las labores del hogar para dedicar algún tiempo a la oración, pero si le sugiere que emplee tanto tiempo en la oración hasta el punto de que su marido y sus hijos lleguen a padecer, habría que

plantearse algunas preguntas. Las inspiraciones van dirigidas hacia el cumplimiento de los deberes de estado, no le desvían de él, sino que, al contrario, facilitan su realización.

Este criterio suele tener unos ámbitos de aplicación un poco delicados, pues el límite que nos trazan nuestros deberes de estado presenta cierto margen de flexibilidad. La contradicción entre deberes de estado y ciertas inspiraciones puede ser a veces más aparente que real. La historia de la Iglesia presenta casos-límite en este terreno: san Nicolás de Flüe abandonando a su familia, o santa Juana de Chantal pasando por encima de uno de sus hijos, tirado delante de la puerta para impedirle que obedezca a la llamada de fundar la Visitación. Pero estas decisiones no eran fruto de la obstinación: habían sido maduras profundamente en la oración, en la meditación, y sometidas al criterio de un director espiritual.

Suele ocurrir que nuestros deberes familiares o profesionales sean un cómodo pretexto para no obedecer a las inspiraciones del Espíritu Santo, pero este criterio de coherencia entre ellas y las exigencias propias de nuestra condición es importante, y el hecho de tomarlo en consideración puede evitar numerosas ilusiones espirituales.

4.2.4. Criterio interno: el árbol se conoce por su fruto

El criterio de discernimiento más importante es el que nos da el mismo Jesús en el Evangelio: «El árbol se conoce por su fruto» (Mt 12, 33). Si obedecemos, la inspiración divina será fecunda y dará frutos buenos: frutos de paz, de alegría, de caridad, de unidad, de humildad... Una inspiración que procede de nuestra carne o del demonio será estéril, es decir dará frutos negativos: tristeza, amargura, soberbia, etc.

Este criterio es muy importante, pero presenta un grave inconveniente: ¡sólo se aplica después de los resultados! Una vez que hemos llevado a cabo la decisión, valoramos sus consecuencias. Sin embargo, en la práctica preferiríamos evidentemente tener unos criterios que nos permitieran evitar los errores y, por lo tanto, saber si una inspiración es de Dios o no, antes de adoptarla.

A pesar del inconveniente citado, este criterio no es del todo inútil. En primer lugar, porque permite adquirir experiencia. Y luego, porque incluso antes de poner en práctica la decisión, se pueden manifestar ya algunos frutos en nuestro interior (frutos de paz, de alegría, etc.).

4.2.5. Adquirir la experiencia

Hemos dicho anteriormente que nuestra capacidad concreta para reconocer las mociones del Espíritu proviene de la adquisición de una especie de «sentido espiritual». Este último es un don de Dios, pero se desarrolla y se afianza también gracias a la experiencia.

Al constatar el resultado obtenido tras ciertas decisiones fruto de lo que pensamos ser inspiraciones, con frecuencia estaremos en condiciones de darnos cuenta de si nuestra «idea»

procedía de Dios o si era solamente producto de nuestra psicología. Eso no siempre es agradable para nuestro orgullo; no nos gusta mucho reconocer que nos hemos equivocado. Pero hay que pasar por ello...

Hemos de saber que en la vida espiritual, incluso si estamos llenos de buena voluntad y seguros de que Dios nos asiste con gran fidelidad, en ningún caso estamos dispensados de la experiencia de un cierto aprendizaje que implica tanteos, éxitos y errores. Dios ha querido que las cosas sean así, es una ley humana de la que nadie está exento, ni siquiera la persona más espiritual. Si, confiando en que todo es gracia, recibimos con humildad las lecciones de la experiencia y continuamos adelante sin desanimarnos, se creará en nosotros una mayor seguridad de juicio que nunca llegará a la infalibilidad, infalibilidad que no existe en este bajo mundo'.

Así pues, la experiencia de los resultados objetivos, de las confirmaciones o invalidaciones fruto de los hechos, así como del estado interior en el que nos dejan algunas de nuestras decisiones (si nos dejan serenos, humildes y alegres, o si nos dejan tristes, inquietos, tensos...), nos permitirá aprender a distinguir mejor lo que viene de Dios y lo que viene del demonio, de nosotros mismos, de nuestros rasgos de carácter, de nuestras inclinaciones, etc.

4.2.6. Discernimiento de los espíritus

La experiencia de la Iglesia y de los santos expresa una ley general: lo que viene del Espíritu lleva consigo alegría, paz, tranquilidad de espíritu, dulzura, sencillez y luz. Al contrario, lo que viene del espíritu del mal acarrea tristeza, desconcierto, inquietud, agitación, confusión y tinieblas. Esas señales de buen y mal espíritu son ciertas en sí mismas. La paz, la alegría, etc. son frutos seguros del Espíritu Santo, pues el demonio es incapaz de provocarlos de un modo duradero. En cambio, el desconcierto y la tristeza son pruebas ciertas del mal espíritu, pues el Espíritu Santo no puede ser el origen de ellas.

Entre todas esas señales de buen y mal espíritu, la más característica es la que se refiere a la paz. El Espíritu de Dios produce inevitablemente paz en el alma; el demonio produce inevitablemente inquietud.

Sin embargo, en la práctica las cosas son más complejas. Una inspiración puede venir de Dios y, no obstante, suscitar en nosotros un gran desconcierto. Pero ese desconcierto no tiene su origen en la inspiración, que en sí misma (como todo lo que procede del Espíritu de Dios) es dulce y pacífica: procede de nuestra resistencia a ella. Una vez que la recibimos y dejamos de oponer esa resistencia, nuestro corazón se encuentra entonces inmerso en una profunda paz.

Es una situación muy frecuente. Algunas inspiraciones de la gracia, cuando nos atañen, chocan en nosotros con resistencias más o menos conscientes y profundas, despiertan temores humanos, recuperan el apego a ciertas costumbres, etc. Nos inquieta la perspectiva de poner en práctica lo que sugiere el Espíritu Santo: ¿cómo voy a lograrlo? ¿Qué van a pensar los demás? ¿Tendré la fuerza necesaria?, etc.

Para describirlo podemos emplear una imagen: la de un gran río tranquilo en sí mismo, pero en el que se producen remolinos y torbellinos cuando encuentra obstáculos.

Cuando una inspiración viene realmente de Dios, y hacemos callar nuestros temores aceptándola de todo corazón, entonces la paz nos inunda inevitablemente: el Espíritu Santo no deja de conceder esa paz al que se deja guiar por él. En ocasiones, esta paz solamente puede residir en «el extremo más fino del alma», mientras que en el plano humano y psicológico subsisten preguntas e inquietudes; pero la paz está ahí, y es reconocible.

Y al contrario, si una inspiración viene del demonio o de lo que en nosotros hay de malo (ambiciones, egoísmo, la exagerada necesidad de ser apreciados, etc.), y la consentimos, jamás podrá dejar nuestro corazón en una paz completa y profunda. Esa paz sólo será aparente, y bastará muy poco para que desaparezca dando paso a la confusión. Podemos negar esta confusión, podemos reprimirla en el fondo de la conciencia, pero está ahí, dispuesta a resurgir cuando llegue la hora de la verdad.

Subrayemos, pues, este punto importante: Una inspiración divina puede desconcertarnos en un primer momento, pero en la medida en que no la rechazamos, sino que nos abramos a ella y la aceptemos, poco a poco nos infundirá la paz.

Ésta es una ley básica, aplicable en «situaciones normales» de la vida espiritual al que está sinceramente dispuesto a hacer la voluntad de Dios en todas las cosas. Sin embargo, la vida espiritual y la interacción entre lo espiritual y lo psicológico son realidades complejas, y así, pueden presentarse situaciones de prueba, de temperamentos psicológicos peculiares que hacen difícil la aplicación práctica de este criterio. Pero sigue siendo fundamental, y lo encontramos en toda la tradición de la Iglesia.

4.2.7. Signos complementarios: constancia y humildad

Una de las características del Espíritu de Dios es la constancia. En cambio, lo que viene de nuestra carne o del espíritu malo es inestable y variable. Sabemos que nada hay más inconstante que nuestro humor o nuestros antojos. Y lo mismo el demonio: nos empuja en una dirección, luego en otra, nos pone in mente la idea de abandonar un proyecto para emprender uno nuevo, de modo que al final no hagamos nada en absoluto. Una de las frecuentes estrategias que pone en práctica para impedirnos llevar a cabo un propósito bueno consiste en hacernos seducir por otro que consideramos mejor, con objeto de que nos apartemos del primero. Y al contrario: las inspiraciones divinas son estables y constantes. Por eso, como regla general, es conveniente no obedecer a una inspiración con demasiada rapidez (sobre todo en temas importantes) con el fin de comprobar que no desaparece completamente al cabo de cierto tiempo, lo que será una prueba de que no proviene de Dios.

Otra característica del Espíritu de Dios consiste en que, al iluminarnos e impulsarnos a actuar, imprime en el alma una profunda humildad. Nos hace obrar el bien de tal modo que nos sintamos felices al hacerlo, pero sin presunción, sin vanagloria ni autosatisfacción. Percibimos claramente que el bien que realizamos no viene de nosotros mismos, sino que viene de Dios.

Cuando actuamos movidos por el Espíritu Santo, puede haber en ello (porque somos humanos) un punto de vanagloria que viene a «parasitarnos» y contra el que hemos de defendernos, pero

en el fondo vemos claramente que no somos más que fragilidad, que todo el bien que podemos realizar procede de Dios y que no tenemos motivos para enorgullecemos.

Esta auténtica humildad no aparece en el que actúa por impulso de su carne o del demonio. Y no olvidemos que, en la práctica, una de las pruebas más seguras de humildad es el espíritu de obediencia.

En conclusión, podemos decir que las inspiraciones divinas se reconocen en esto: nos infunden paz, no son variables, e imprimen en nosotros sentimientos de humildad.

Hagamos ahora unas reflexiones complementarias sobre el tema del discernimiento de la voluntad de Dios.

4.2.8. ¿Es siempre la voluntad de Dios lo que más cuesta?

Evidentemente, la voluntad de Dios, y en consecuencia las inspiraciones de su gracia, suelen ir en sentido contrario a nuestras tendencias inmediatas, en la medida en que, con frecuencia, son deseos de una comodidad egoísta, de facilidad, de pereza, etc.; san Juan de la Cruz nos dice en un célebre pasaje:

«Que el alma se aplique sin cesar no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso, (...), no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto»¹. (6 Subida al Monte Carmelo, libro 1, cap. 13.)

Al decir esto no está equivocado, siempre dentro del contexto en que se expresa. Pero no habría que interpretar erróneamente tales máximas, y tomar como una ley sistemática para descubrir la voluntad de Dios, el principio de que, en una situación determinada, lo que nos pida será siempre lo más difícil. Eso nos haría caer en un voluntarismo ascético exagerado que no tiene nada que ver con la libertad del Espíritu Santo. Podemos incluso añadir que la idea de que Dios pide siempre y constantemente lo más costoso, es típicamente el tipo de pensamiento que insinúa el demonio para desalentarnos y alejarnos de Dios.

Dios es un Padre, ciertamente exigente porque nos ama y nos invita a darle todo, pero no es un verdugo. Con gran frecuencia nos deja libres. Cuando nos exige algo, es para hacernos crecer en su amor. El único mandato es el de amar. Se puede sufrir por amor, pero también se puede gozar y descansar por amor... El hecho de representarnos la vida bajo la guía de Dios como algo asfixiante, en completa y permanente contradicción con todas nuestras aspiraciones, incluso las más legítimas, es una trampa de nuestra imaginación o del demonio.

Dios no tiene por objeto complicarnos la vida, sino en definitiva, simplificarla. La docilidad a Dios libera y ensancha el corazón. Por eso, Jesús, que nos invita a renunciar a nosotros mismos para tomar nuestra cruz y seguirle, nos dice: «Mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11, 30). Aunque en ocasiones nos cuesta obedecer la voluntad de Dios, sobre todo al principio, cumplirla con amor acaba por llenarnos de gozo, y se puede decir que existe un auténtico placer en llevar a cabo el bien que Dios nos inspira. Cuanto más caminemos en la docilidad al Espíritu Santo, menos dolorosa será nuestra adhesión a la voluntad divina, pues se hará más libre y

espontánea. «Haz que vaya por la senda de tus mandamientos, pues en ella me complazco», dice el Salmo'. (' Sal 119, 35.)

La vida está hecha de pruebas, eso es cierto, pero si continuamente nos sentimos tristes y desdichados en determinado camino, tendremos que plantearnos seriamente la cuestión de saber si estamos en el adecuado, o si nos estamos imponiendo unas cargas que Dios no nos envía. El criterio de discernimiento de una vocación es sentirse feliz en ella. Pensar, como hacen algunos escrupulosos o determinados falsos ascetas, que lo que Dios nos pide en todas circunstancias es forzosamente lo más difícil, puede falsear extraordinariamente nuestros juicios, y es importante ser consciente de que el demonio se puede servir de eso para confundirnos.

Me gustaría contar un hecho. Como a todos, de vez en cuando me sucede lo siguiente: cuando, después de un día bastante agotador me voy a dormir, encantado de meterme en la cama que me espera, percibo una ligera sensación interior que me dice: «¿No entrarías un momento en la capilla para hacerme compañía?» Tras algunos instantes de desconcierto y resistencia, del tipo: «Jesús, ¡exageras, estoy cansado, y si no cuento con mi dosis de sueño, mañana estaré de malhumor!», termino por consentir y por pasar unos momentos con Jesús. Después, me voy a dormir en paz y tan contento, y al día siguiente no me despierto más cansado que de costumbre. Gracias Señor, era tu voluntad, ahí están los frutos.

No obstante, a veces me sucede lo contrario. Ante un problema grave que me preocupa, me digo: esta noche rezaré durante una hora en la capilla para que se resuelva. Y al dirigirme a dicha capilla, una voz me dice en el fondo de mi corazón: «¿Sabes?, me complacería más que te fueras a acostar inmediatamente y confiaras en mí; yo me ocupo de tu problema». Y recordándome mi feliz condición de «servidor inútil», me voy a dormir en paz, abandonando todo en las manos del Señor...

Todo ello viene a decir que la voluntad de Dios está donde existe el máximo de amor, pero no forzosamente donde esté el máximo de sufrimiento... ¡Hay más amor en descansar gracias a la confianza que en angustiarse por la inquietud!

4.2.9. Diferentes comportamientos según la importancia de las inspiraciones

Para saber cómo hemos de comportarnos respecto a lo que pensamos ser inspiraciones divinas, es preciso tener en cuenta un aspecto que todavía no hemos abordado aquí: el objeto de esas inspiraciones y su mayor o menor importancia.

El Señor puede inspirarme que distribuya mis bienes entre los pobres y marche al desierto, imitando así a san Antonio el Grande, lo mismo que puede inspirarme cosas insignificantes como el ejemplo que acabamos de dar.

Ciertamente, y ya lo hemos dicho, es importante esforzarnos por no descuidar cualquier inspiración. Una cosa que nos parece insignificante puede tener un alcance mayor de lo que pensamos. Recuerdo que un día, predicando un retiro, luché esforzadamente antes de obedecer a una moción que me impulsaba a invitar a los participantes a venerar, durante el rezo del

rosario, la cruz que los niños habían dejado allí cubierta de flores (me decía «va a durar demasiado, no es el momento, etc.»). A lo largo de la ceremonia, una persona quedó curada de un grave problema en la columna vertebral.

Además, como hemos dicho, en ocasiones una mínima obediencia a Dios puede alcanzarnos un progreso espiritual mayor que el que logramos a veces tras años de unos esfuerzos que nos hemos fijado. La fidelidad a las gracias pequeñas atrae a las grandes.

Dicho esto, es evidente que hay que tratar a las inspiraciones de un modo diferente según su importancia. Como dice san Francisco de Sales', no se cuentan del mismo modo las monedas y los lingotes de oro. Mientras estos últimos deben pesarse con precisión, no sería prudente tomar unas precauciones y un tiempo desproporcionados para evaluar los segundos.

Comentemos de paso que, en cierto sentido, muchas mociones del Espíritu no necesitan deliberación: frecuentemente se trata de un movimiento interior que nos facilita el cumplimiento de algo que, de todos modos, tendríamos que hacer. Siento rencor hacia alguien, y me veo inclinado a perdonar. Ha llegado la hora de la misa, y me siento tentado a entretenerme en un trabajo urgente, lo que me obligaría a llegar con retraso, y percibo una moción que me impulsa a dejarlo todo en suspenso para ir a la capilla. No hay más que obedecer a ese movimiento, porque evidentemente es un buen movimiento... Lo mismo que el demonio nos tienta, el Espíritu Santo, en un sentido contrario, nos llama, nos estimula, nos suele despertar interiormente para facilitar el cumplimiento de lo que Dios desea de nosotros. Y sin duda Él lo haría aún mejor si estuviéramos más atentos y más obedientes a sus mociones. Escuchemos a san Francisco de Sales:

«Sin la inspiración, nuestras almas vivirían una vida perezosa, paralítica e inútil; mas a la llegada de los divinos rayos de la inspiración, sentimos una luz mezclada de un calor vivificante, la cual ilumina nuestro entendimiento, y despierta y anima nuestra voluntad, dándonos fuerza para querer y hacer el bien que se refiere a la salud eterna». (Tratado del Amor de Dios, libro 8, cap. 9.)

Hay ocasiones en que una moción nos llama a algo desacostumbrado que no entra en el discurrir normal de nuestras actividades, sin por otra parte, tener una extremada importancia. Ya hemos dado algunos ejemplos. El Señor me impulsa a un acto de caridad, a un servicio, a un momento de oración, a un pequeño sacrificio, a un gesto de humildad, etc. En esos casos, hay que evaluar rápidamente la cosa. Si nos parece razonable, compatible con nuestras obligaciones, si (según la experiencia que tenemos de la pedagogía de Dios respecto a nosotros) nos parece bien y reconocemos la voz de Jesús, y si en fin, cuando más aceptamos más en paz nos sentimos, entonces no queda más que ponerla en práctica. Si nos hemos equivocado e inmediatamente comprendemos que se trataba de un movimiento de vanagloria, de presunción o de una idea que nos habíamos formado, no será una catástrofe: servirá para nuestra educación espiritual. Y por otra parte, Dios no nos lo tomará en cuenta.

Cuando, al contrario, recibimos una llamada para hechos más importantes como una vocación o un cambio de orientación en nuestra vida, opciones que pueden tener graves repercusiones sobre los demás o que nos conducirían a hacer cosas que van claramente más allá de la regla de vida habitual para nuestra vocación, entonces, es indispensable no tomar decisiones antes de haber consultado esta inspiración con un director espiritual o con un superior. Esta obediencia

agrada a Dios, aunque en ocasiones puede retrasar aparentemente el cumplimiento de cosas que Él mismo nos pide. Dios prefiere la prudencia y la sumisión, a la precipitación.

En cambio es muy probable que, sin esta obediencia, enseguida seamos juguetes del demonio que, al ver nuestra precipitación para seguir unas inspiraciones sin consultarlas con alguien cuando es necesario, muy pronto nos engañará y nos conducirá poco a poco a hacer cosas que no tendrán nada que ver con la voluntad de Dios.

En la mayoría de las ocasiones, en caso de duda sobre nuestra futura conducta, lo mejor será que nos abramos a una o varias personas de nuestra confianza y obedezcamos sus consejos (si no tenemos unos motivos decisivos para actuar de otro modo), en lugar de multiplicar unas reflexiones y unas ponderaciones personales que corren el riesgo de hacernos dar vueltas sobre lo mismo y, más que otra cosa, aumentar nuestra confusión.

4.2.10. ¿Y cuando no somos fieles a la gracia?

Ya hemos insistido en la importancia de no desdeñar ninguna de las inspiraciones divinas, pues eso podría llevarnos a una actitud de temor, un temor que, ante nuestra resistencia a recibir esas inspiraciones, puede tener consecuencias irremediabiles en nuestra vida con el Señor.

Insistimos en ello para subrayar la importancia de ese modo de colaboración con lo que Dios opera en nuestra vida y para hacernos atentos a él, pero no tiene por objeto suscitar un temor que inquieta y descorazona. Hemos de hacer todo lo posible para evitar la infidelidad, pero saber al mismo tiempo que no es irremediable cuando nos sorprende.

El Señor está siempre dispuesto a levantarnos cuando caemos y, si después de ellas nos volvemos hacia Él con un corazón humilde y confiado, encuentra el medio de transformar esas caídas en bienes. Cada vez que nos demos cuenta de que, por superficialidad, falta de atención o cobardía, hemos ahogado o desdeñado alguna inspiración, no nos desanimemos. Pidamos sinceramente perdón al Señor, aprovechemos la circunstancia para humillarnos y reconocer la pobreza de nuestra virtud, y roguémosle que nos «castigue» ¡concediéndonos un aumento de fidelidad que nos haga recuperar las gracias perdidas!

Para Dios nada hay imposible... Si lo esperamos de Él con la confianza audaz de los niños, nos las concederá...

5. CONCLUSIÓN

Hasta ahora hemos enumerado algunas condiciones que permiten la manifestación de las inspiraciones divinas en nuestra vida e incluso su multiplicación, de modo que podamos vivir cada vez más movidos y guiados por el Espíritu Santo.

Este trabajo quedaría incompleto si omitiéramos unas palabras que sirvan de conclusión.

Se trata del amor filial por la Virgen María. Entre todas las criaturas, María es la que más ha vivido bajo la sombra del Espíritu Santo'; toda su vida ha sido una obediencia perfecta a las operaciones del Espíritu en ella, obediencia que le ha conducido a un amor cada vez más ardiente y elevado. En el anexo podremos leer el hermoso texto de san Francisco de Sales en el que nos da a conocer cómo, al no encontrar el Espíritu Santo resistencia alguna, el amor en María crecía incesantemente.

María es nuestra madre en el orden de la gracia. Como tal, nos comunica la plenitud de gracia que le es propia. Y yo creo que entre los dones que María concede a los que se consideran hijos suyos y que la «llevan a su casa» siguiendo el ejemplo del discípulo amado', el más valioso es la participación en su total disponibilidad a la gracia, en su capacidad a dejarnos mover por el Espíritu Santo sin oponer resistencia. María nos comunica su humildad, su confianza en Dios, su completa entrega a la voluntad divina, su silencio, su atención interior al Espíritu...

Lo que quiere decir que uno de los medios más seguros para poner en práctica poco a poco las indicaciones de esta obrera, es el de confiar a la Virgen toda nuestra vida espiritual. Ella nos enseñará lo que ha vivido tan perfectamente: a reconocer con seguridad, a acoger con confianza plena, y a poner en práctica con una fidelidad total todas las llamadas de la gracia a través de las cuales Dios opera en nuestras vidas, así como en la de su humilde esclava, maravillas de amor.

6.

PLEGARIA DEL CARDENAL MERCIER

«Os voy a revelar un secreto de santidad y de felicidad. Si dejáis descansar todos los días vuestra imaginación durante cinco minutos, cerráis los ojos a todas las cosas de los sentidos y los oídos a todos los ruidos de la tierra, de manera que seáis capaces de retiraros al santuario de vuestra alma bautizada que es templo del Espíritu Santo, y hablando al Santo Espíritu le decís:

Espíritu Santo, alma de mi alma

Te adoro, ilumíname, guíame, Fortaléceme y consuélame.

Dime todo lo que he de hacer Y mándame hacerlo.

Te prometo someterme a todo lo que me pidas

y aceptar todo lo que permitas que me suceda.

¡Indícame solamente cuál es tu voluntad!

vuestra vida transcurrirá alegre y serena, abundará el consuelo aun en medio de las tribulaciones, pues la gracia se os concederá en proporción a las pruebas junto a la fuerza para soportarlas, conduciéndoos hasta las puertas del Paraíso, llenos de merecimientos. Esta sumisión al Espíritu Santo es el secreto de la santidad.»

7.

ANEXO 1.

TEXTOS DE LOUIS LALLEMANT (1587-1635)

El padre Lallemant es una de las grandes figuras de la Compañía de Jesús en Francia en el siglo xvii. Encargado del «tercer año» (último año de formación de los jesuitas), tuvo como alumnos a santos como Isaac Bogues y Juan de Brébeuf, mártires en Canadá. El núcleo de su doctrina espiritual era la docilidad al Espíritu Santo, acompañada de la purificación del corazón, o práctica del desasimiento, que permite esta docilidad. Las notas de sus conferencias están agrupadas en un libro¹ del que citamos los siguientes extractos:

7.1. NATURALEZA DE LA DOCILIDAD AL ESPÍRITU SANTO

Cuando un alma se abandona a la guía del Espíritu Santo, Él la eleva poco a poco y la gobierna. Al principio, no sabe dónde va, pero una luz interior la ilumina lentamente dejándole ver todas sus acciones y el gobierno de Dios en ellas, de tal modo que casi no tiene más que dejar hacer a Dios en ella y por ella lo que le place; así avanza maravillosamente.

Tenemos una imagen de la guía del Espíritu Santo en la que Dios tuvo con los israelitas a la salida de Egipto durante su viaje por el desierto para llegar a la tierra de promisión. Para conducirles, les dio una columna de nube durante el día, y por la noche, una columna de fuego. Ellos seguían el movimiento de esta columna y se detenían cuando ella se detenía; nunca la adelantaban, solamente la seguían y jamás se separaban de ella. Así es como hemos de comportarnos en relación con el Espíritu Santo.

7.2. MEDIOS DE CONSEGUIR ESA DOCILIDAD

Los principales medios para conseguir esta dirección del Espíritu Santo son los siguientes:

1. Obedecer fielmente a los deseos de Dios, que ya nos guían. No conocemos algunos de ellos porque somos ignorantes, pero Dios sólo nos pedirá cuentas de los conocimientos que nos ha concedido. Hagamos un buen uso y nos dará otros nuevos. Obedezcamos a los designios que ya nos ha hecho conocer, y a continuación nos manifestará otros.
2. Renovar con frecuencia el buen propósito de seguir en todas las cosas la voluntad de Dios, y afirmarnos en esta resolución todo lo posible.
3. Pedir incesantemente esa luz y esa fuerza del Espíritu Santo para obedecer a los deseos de Dios; encadenémonos al Espíritu Santo y adhirámonos a Él, como decía san Pablo a los sacerdotes de Éfeso: «Encadenado por el Espíritu Santo, voy a Jerusalén» (Hch 2, 22). Sobre todo, al cambiar unas circunstancias importantes, pedir a Dios las luces del Espíritu Santo y asegurarle sinceramente que no deseamos otra cosa que hacer su voluntad. Después, si no nos concede nuevas luces, haremos como hasta ahora lo que acostumbramos a hacer, y que nos parecerá siempre lo mejor...
4. Observar atentamente los diversos movimientos de nuestra alma. Con este sistema, llegaremos a conocer poco a poco lo que es de Dios y lo que no lo es. En un alma obediente a la gracia, lo que viene de Dios es sereno y tranquilo. Lo que viene del demonio es violento y lleva consigo la inquietud y la ansiedad.

7.3. RESPUESTA A ALGUNAS OBJECIONES A ESTA PRÁCTICA

(...) La segunda (objeción) parece indicar que esa guía interior del Espíritu Santo destruye la obediencia que se debe a los superiores. En primer lugar, se puede responder que así como las inspiraciones interiores de la gracia no destruyen la creencia en las proposiciones exteriores de los artículos de la fe, sino que inclinan dulcemente a la inteligencia a creer, igualmente, la guía de los dones del Espíritu Santo, en lugar de perjudicar a la obediencia, la ayuda y la facilita. En segundo lugar, que toda la guía interior e incluso las revelaciones divinas, deben estar siempre subordinadas a la obediencia, y se deben entender bajo la tácita convicción de que la obediencia nunca ordena algo distinto.

(...) En tercer lugar, esta guía interior del Espíritu Santo parece hacer inútiles las deliberaciones y las consultas. ¿Por qué pedir el consejo de los hombres cuando nos dirige el Espíritu Santo? Responderemos que el Espíritu Santo nos lleva a consultar a las personas competentes y a obedecer al consejo de otros.

Así fue como envió a san Pablo a Ananías, para que le dijera lo que debía hacer.

(...) La cuarta objeción se refiere a algunos que se quejan de no contar con la guía del Espíritu Santo y que no pueden percibirla.

Les respondemos primeramente que las luces y las inspiraciones del Espíritu Santo, que son necesarias para hacer el bien y evitar el mal, no les faltan jamás, especialmente si están en estado de gracia. Y además, al vivir hacia fuera como lo hacen, y no entrar casi nunca dentro de ellos mismos; al no hacer más que unos exámenes superficiales; al no mirar más que hacia el exterior y a las faltas que aparecen a la vista de los demás, sino buscar las raíces interiores, las pasiones, las costumbres dominantes sin estudiar el estado y la disposición del alma y los movimientos del corazón, es natural que no conozcan en absoluto la guía del Espíritu Santo que es plenamente interior. ¿Cómo podrán conocerla? Ni siquiera conocen sus pecados interiores que son actos propios y que realizan libremente. Pero la conocerán infaliblemente si quieren hacerlo siempre que cuenten con las disposiciones requeridas.

En primer lugar, que sean fieles a obedecer a la luz que se les concede: esta luz crecerá continuamente.

En segundo lugar, que supriman los pecados y las imperfecciones que, como las nubes, les ocultan 'esa luz: verán más claro de día en día.

En tercer lugar, que no sufran cuando sus sentidos exteriores se extravían y se mancillan a causa de las sensualidades: Dios les abrirá los sentidos interiores.

En cuarto lugar, si es posible, que no salgan jamás de su interior o que regresen a él lo más pronto posible, y que estén atentos a lo que ocurre en él; ahí observarán los movimientos de los diferentes espíritus que nos hacen actuar.

En quinto lugar, que descubran sinceramente todo el fondo de su corazón a su superior o a su director espiritual: un alma que goza de ese candor y esa sencillez nunca deja de estar favorecida con la dirección del Espíritu Santo.

7.4. LOS MOTIVOS QUE NOS LLEVAN A LA DOCILIDAD: LA PERFECCIÓN E INCLUSO LA SALVACIÓN DEPENDEN DE LA DOCILIDAD A LA GRACIA

1. Los dos elementos de la vida espiritual son la purificación del corazón y la dirección del Espíritu Santo. Son los dos polos de toda espiritualidad. Por esas dos vías se llega a la perfección según el grado de pureza adquirida y en proporción a la fidelidad a la cooperación con las mociones del Espíritu Santo y a la obediencia a ellas.

Toda nuestra perfección depende de esa fidelidad, y podemos decir que el resumen de la vida espiritual consiste en atender a las direcciones y mociones del Espíritu de Dios en nuestra alma, y a fortalecer nuestra voluntad en el propósito de seguir empleando con este objeto todas las prácticas de oración, lectura, sacramentos, el ejercicio de las virtudes y de las obras de caridad.

2. Hay quien se ejercita en hermosas devociones y realiza numerosos actos de virtud; están entregados a los actos materiales virtuosos. Eso es bueno para los que comienzan, pero es más perfecto obedecer a la llamada interior del Espíritu Santo y comportarse según sus mociones. Ciertamente, en esta forma de actuación hay menor satisfacción sensible, pero hay mayor interioridad y más virtud.

3. El fin al que debemos aspirar, después de habernos ejercitado durante largo tiempo en la pureza de corazón, es el de estar poseído y gobernado por el Espíritu Santo de tal modo, que sea sólo Él quien dirija todas nuestras potencias y nuestros sentidos todos, quien regule nuestros movimientos interiores y exteriores, y que nosotros mismos nos abandonemos completamente gracias a una renuncia espiritual de nuestras voluntades y de nuestras propias satisfacciones. Así, ya no viviremos en nosotros mismos sino en Jesucristo, con una fiel correspondencia a las actuaciones de su espíritu divino y un perfecto sometimiento de todas nuestras rebeldías al poder de su gracia.

4. Nuestro mayor perjuicio es la oposición que manifestamos a los designios de Dios, y la resistencia con la que nos enfrentamos a sus inspiraciones; porque no las queremos escuchar, o habiéndolas escuchado las rechazamos, o tras haberlas recibido las debilitamos o las mancillamos por mil imperfecciones de apegos, de complacencia con nosotros mismos y de amor propio.

5. Sin embargo, el aspecto esencial de la vida espiritual consiste en disponemos de tal modo a la gracia por medio de la pureza de corazón que, de dos personas que se consagran al mismo tiempo al servicio de Dios, si una se dedica enteramente a las obras de caridad, y la otra se aplica plenamente a purificar su corazón y a suprimir todo lo que en ella se opone a la gracia, esta última llegará dos veces antes que la primera a la perfección.

6. Así, nuestro mayor afán ha de ser, no tanto el de leer libros espirituales, como poner gran atención a las inspiraciones divinas, que no necesitan mucha lectura, y de ser extremadamente fieles en la correspondencia a las gracias que se nos regalan.

7. En algunas ocasiones puede suceder que, habiendo recibido de Dios una inspiración, nos encontremos inmediatamente acosados por rechazos, por dudas, por perplejidades y dificultades que nacen de nuestro corazón corrompido y de nuestras pasiones contrarias a la inspiración divina. Si la recibimos con una completa sumisión del corazón, nos llenará de la paz y el consuelo que acompaña al espíritu de Dios, y que comunica a las almas en las que no encuentra resistencia alguna.

7.5. LA EXCELENCIA DE LA GRACIA Y LA INJUSTICIA DE LA OPOSICIÓN A ELLA

1. Tendríamos que recibir cada inspiración como una palabra de Dios que procede de su sabiduría, de su misericordia y de su infinita bondad, y que, si no ponemos obstáculos, puede operar en nosotros unos efectos maravillosos. Consideremos lo que ha podido hacer una palabra de Dios: ha creado el cielo y la tierra, ha llevado a todas las criaturas desde la nada a la participación en el ser de Dios en el orden de la naturaleza al no haber encontrado resistencia en la nada. Y operaría algo más en nosotros si no nos resistiéramos. Nos sacaría de la nada moral a la participación sobrenatural en la santidad de Dios en el orden de la gracia, y a la participación en la felicidad de Dios en el orden de la gloria. Y, por un pequeño punto de honor, por un uso que satisface nuestra vanidad, por el placer de un momento, por una bagatela, impediríamos esos grandes efectos de la palabra de Dios, de sus inspiraciones y de las impresiones de su Espíritu: por tanto, ¿no estaréis de acuerdo en que la Sabiduría ha tenido razón al decir que el número de los locos es infinito?

2. Si pudiéramos ver el modo en que nuestras almas reciben las inspiraciones de Dios, comprobaríamos que, por así decir, permanecen en la superficie, sin entrar más dentro, a causa de la oposición que encuentran en nosotros impidiéndoles grabarse en nuestras almas: es el resultado de no entregarnos bastante al espíritu y que no servimos a Dios con una perfecta plenitud de corazón. Así, con objeto de que las gracias hagan su efecto en el corazón de los pecadores, es preciso que irrumpen con ruido y violencia, porque encuentran en ellas grandes resistencias; pero penetran dulcemente en las almas que están poseídas por Dios, llenándolas de esa paz admirable que acompaña siempre al espíritu de Dios. Al contrario, las sugerencias del enemigo no hacen impresión en las almas buenas, porque se encuentran con que predominan en ellas unos principios opuestos.

8.

ANEXO 2.

TEXTOS DE SAN FRANCISCO DE
SALES (1572-1622)

(Estos textos proceden del Tratado del Amor de Dios.)

8.1. CRITERIOS DE DISCERNIMIENTO DE LOS ESPÍRITUS' **(' Libro 8, cap. 12.)**

Una de las mejores señales de la bondad de las inspiraciones, y particularmente de las extraordinarias, es la paz y la tranquilidad del corazón que las recibe; porque el Espíritu divino es, ciertamente, violento, pero con una violencia dulce, suave y apacible. Viene como un viento impetuoso y como un rayo celeste, pero no destruye a los apóstoles ni los turba; el pavor que reciben de su ruido es momentáneo, y se encuentra al punto seguido de una dulce seguridad.

Por el contrario, el espíritu maligno es turbulento, áspero, inquieto; y los que siguen sus sugerencias infernales, pensando que son inspiraciones del Cielo, se dan a conocer ordinariamente porque son inquietos, tercos, soberbios, emprendedores y manejadores de negocios, los cuales, bajo pretexto de celo, lo revuelven y desbaratan todo, censuran a todo el mundo, todo lo reprenden y hablan mal de todas las cosas: gentes sin dirección, ni condescendencia, que nada soportan y que ejercitan las pasiones del amor propio bajo el nombre de celo por el amor divino.

8.2. LA OBEDIENCIA, PRUEBA DE LA VERDAD DE LAS INSPIRACIONES **(Libro 8, cap. 13.)**

Todo es seguro en la obediencia, todo es sospechoso fuera de ella. Cuando Dios arroja sus inspiraciones en un corazón, la primera que El comunica es la de la obediencia... Quien dice que es inspirado y rehúsa obedecer a los superiores y seguir sus avisos, es impostor. Todos los profetas y los predicadores que han sido inspirados por Dios, han amado siempre a la Iglesia, han seguido su doctrina, han sido aprobados por ella... San Francisco, santo Domingo y los demás Padres de órdenes religiosas, consagraronse al servicio de las almas por una inspiración extraordinaria, pero, por eso mismo, sometieronse más humilde y sinceramente a la sagrada jerarquía de la Iglesia.

Así pues, las tres mejores y más seguras señales de una legítima inspiración son: la perseverancia contra la inconstancia y ligereza, la paz y suavidad del corazón contra las inquietudes y falso celo; la humilde obediencia contra la singularidad y la terquedad.

8.3. BREVE MÉTODO PARA CONOCER LA VOLUNTAD DE Dios' **(' Libro 8, cap. 14.)**

San Basilio dice que la voluntad de Dios nos es declarada por sus órdenes o mandamientos, y que entonces no hay nada que deliberar, porque en tal caso debemos hacer simplemente lo que es mandado; pero que para todo lo demás está en nuestra libertad escoger a nuestro gusto lo que nos pareciere bueno, aunque no será necesario hacer todo lo que es legítimo y laudable, sino tan sólo lo que es conveniente, y que, finalmente, para discernir debidamente lo que es conveniente, debemos escuchar el consejo de un prudente padre espiritual.

Pero quiero, ¡oh Teótimo!, advertirte sobre una molesta atención que acontece muchas veces a las almas que tienen un gran deseo de seguir en todo lo que es más del agrado de la voluntad divina. Porque el enemigo pónelos en duda en todos los casos si es de la voluntad de Dios que hagan una cosa más bien que otra; como, por ejemplo, si es la voluntad de Dios que ellos coman con un amigo o no, que lleven trajes negros o grises, que ayunen en viernes o en sábado, que disfruten de la recreación o se abstengan de ella; en lo cual gastan mucho tiempo, y mientras se ocupan y embarazan en querer discernir lo que es mejor, pierden inútilmente la ocasión de hacer muchas cosas buenas, cuya ejecución sería más de la gloria de Dios que lo que pudiera ser el discernimiento de lo bueno y de lo mejor en que están entretenidas.

No se acostumbra a pesar la moneda pequeña, sino solamente las piezas de importancia; el comercio y cambio haríase demasiado enojoso y molesto y perderíase demasiado tiempo si fuera necesario pesar los sueldos, los cuartos, los ochavos, los dineros y las medias blancas; de igual modo, no se deben pesar toda clase de menudas acciones para saber si ellas valen más que las otras. Hay también muy frecuentemente la superstición de querer hacer este examen; porque ¿con qué fin se pondrá en duda si es mejor oír la Misa en una iglesia que en otra, hilar o coser, dar limosna a una mujer o a un hombre? No es servir bien a un amo emplear tanto tiempo en considerar lo que es necesario hacer y cómo se debe hacer lo que es necesario. Debemos ajustar y acomodar nuestra atención a la importancia de las cosas que emprendemos: sería un cuidado o una diligencia irrazonable tomar tanto trabajo en pensar lo preciso para un viaje de una jornada como para otro de trescientas o cuatrocientas leguas.

La elección de la vocación, el intento de algún negocio de graves consecuencias, de alguna obra larga, o de gastos grandes, el cambio de morada, la elección de las amistades y otras cosas semejantes, merecen que se piensen seriamente, a fin de saber lo que es más conforme a la voluntad de Dios.

Pero en las acciones menudas y diarias, en las cuales la falta misma no es ni de consecuencias ni irreparable, ¿qué necesidad hay de mostrarse como si estuviera uno cargado de ocupaciones, lleno de atenciones y dificultades y obligado, por tanto, a hacer importunas consultas? ¿A qué propósito consumir el cerebro por saber si quiere Dios más que rece el rosario o el oficio de Nuestra Señora, ya que no hay tanta diferencia entre una y otra cosa para que sea necesario realizar a este fin una gran indagación; o que vaya al hospital a visitar a los enfermos y no a vísperas; o que acuda más bien al sermón, que a una iglesia donde hay indulgencias? Nada hay, de ordinario, tan aparentemente notable en una y otra cosa, que sea preciso por ello entrar en una gran deliberación. Es necesario proceder con buena fe y sin sutilezas en tales casos, y, como dice san Basilio, hacer libremente lo que nos parece bueno para no cansar nuestro espíritu, perder el tiempo y no ponernos en peligro de inquietud, de escrúpulos y de supersticiones. Pero yo entiendo así todo esto, siempre que no hay gran desproporción entre una obra y otra, y que no se dé una circunstancia considerable en favor de una más bien que de la otra.

Aun en las cosas mismas de importancia, es necesario conducirse muy humildemente, y no pensar encontrar la voluntad de Dios a fuerza de exámenes y sutilezas de discursos; mas después de haber pedido la luz del Espíritu Santo, aplicando nuestra consideración a buscar su beneplácito, tomando el consejo de nuestro director y, si fuese conveniente, de otras dos o tres

personas espirituales, es necesario resolverse y determinarse en nombre de Dios, sin poner después en duda nuestra elección, sino cuidarla y sostenerla devota, tranquila y constantemente. Y aunque las dificultades, tentaciones y diversidades de sucesos que se encuentren en el progreso de la ejecución de nuestro designio, pudieran infundirnos alguna desconfianza de haber acertado en nuestra elección, es preciso, sin embargo, permanecer firmes y no mirar nada de eso, sino considerar que, si hubiéramos elegido otra cosa nos hubiéramos encontrado cien veces peor, además de que no sabemos si Dios quiere que seamos ejercitados en la consolación o en la tribulación, en la paz o en la guerra. Una vez que hayamos tomado la resolución, no debemos dudar nunca de la santidad de su ejecución y cumplimiento, porque si por nosotros no queda, ella no puede faltar; obrar de otro modo es señal de un gran amor propio o de niñería, debilidad y simpleza de espíritu.

8.4. EL ESPÍRITU SANTO ACTUABA SIN OBSTÁCULOS EN MARÍA (Libro 7, cap. 14.)

Así como vemos crecer el alba del día no con diversas interrupciones y sacudidas, sino con una cierta dilatación o crecimiento continuo que se verifica de un modo casi insensible, de suerte que realmente se la ve crecer en claridad, mas tan igualmente que no se percibe interrupción alguna, separación o discontinuidad en su aumento, así el divino amor crecía en cada momento en el corazón virginal de nuestra gloriosa Señora, mas por aumentos suaves, apacibles y continuos, sin agitación, ni sacudida, ni violencia alguna.

No es necesario, ¡oh Teótimo!, concebir impetuosidad ni agitación en este celestial amor del corazón maternal de la Virgen, porque el amor por sí mismo es dulce, gracioso, apacible y tranquilo; y si algunas veces produce asaltos o da sacudidas al espíritu es porque encuentra resistencia. Pero cuando las entradas del alma están abiertas, sin oposición ni contrariedad, hace sus progresos apaciblemente, con una suavidad incomparable. Así pues, el santo amor empleaba su fuerza en el corazón virginal de la Madre sin esfuerzo, ni impetuosidad, ni violencia, por cuanto no encontraba en él ni la menor resistencia o dificultad. Pues así como se ve a los grandes ríos formar remolinos de espumosas y alborotadas aguas y frecuentes rompientes cuando discurren por un cauce áspero y pedregoso, o donde las rocas forman bancos y escolleras que se oponen y dificultan la corriente, y, por el contrario, al entrar en la llanura corren y se deslizan con suavidad y sin esfuerzo; así el divino amor, encontrando en las almas muchas resistencias e impedimentos, como en verdad todas, en mayor o menor grado, ofrecen, causa violencias, combatiendo las malas inclinaciones, hiriendo el corazón y moviendo la voluntad con diversas agitaciones e impulsos, a fin de hacerse lugar o, al menos, salvar y sobrepujar los obstáculos.

Pero en la Santísima Virgen todo favorecía y ayudaba el curso del amor celeste; los progresos y crecimientos en él hacíanse incomparablemente en su alma más grandes que en todas las demás criaturas; progresos, sin embargo, infinitamente dulces, apacibles y tranquilos...

8.5. LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTOS

(Libro 11, cap. 15.)

El Espíritu Santo que habita en nosotros, queriendo hacer a nuestra alma manejable, flexible y obediente a sus divinas mociones e inspiraciones celestes, que son las leyes de su amor, en cuya observación consiste la felicidad sobrenatural de esta vida presente, nos da siete propiedades y perfecciones que en la Sagrada Escritura y en los libros de los teólogos son llamados dones del Espíritu Santo.

Ahora bien, estos dones no solamente son inseparables de la caridad, sino que, bien considerados en sí mismos y propiamente hablando, son las principales virtudes, propiedades y cualidades de ella. Porque:

la sabiduría no es, en realidad, otra cosa que el amor que saborea, gusta y experimenta cuán dulce y suave es Dios;

el entendimiento es el amor atento a considerar y penetrar la belleza de las verdades de la fe, para conocer por medio de ellas a Dios en Sí mismo, y después, descendiendo de ellas, considerarlo en las criaturas;

la ciencia, por el contrario, es el mismo amor que nos ayuda y mueve a conocernos a nosotros mismos y a las criaturas, para hacernos subir a un más perfecto conocimiento del servicio que a Dios debemos;

el consejo es asimismo el amor, en cuanto nos hace cuidadosos, atentos y hábiles para elegir bien los medios propios para servir a Dios santamente;

la fortaleza es el amor que alienta y anima el corazón para ejecutar lo que el consejo ha determinado debe ser hecho;

la piedad es el amor que endulza el trabajo y nos inclina a emplearnos cordial y agradablemente y con filial afecto en las obras que agradan a Dios, nuestro Padre;

finalmente, el temor no es otra cosa que el amor en cuando nos hace huir y evitar lo que desagrada a la Majestad divina.

9.

ANEXO 3.

LIBERTAD Y SUMISIÓN

En todo lo que hemos dicho en este libro subyace una seria pregunta: ¿cómo conciliar la libertad del hombre con su sumisión a Dios? Hemos hablado frecuentemente de la necesidad de ser dócil a la voluntad de Dios, de dejarnos guiar por el Espíritu Santo, etc. Entonces podríamos objetar que el hombre ya no es más que una marioneta en las manos de Dios. ¿Dónde está nuestra responsabilidad y nuestra libertad?

Este temor es falso: incluso es la tentación más grave con la que el demonio trata de alejar al hombre de Dios. Al contrario, debemos afirmar enérgicamente que cuanto más sometido a Dios está el hombre, más libre es. Incluso podemos decir que el único modo que tiene el hombre de conquistar su libertad es el de obedecer a Dios. Eso es difícil de captar y siempre seguirá siendo un cierto misterio, pero, con una serie de comentarios, vamos a intentar hacerlo comprender.

1. La docilidad a Dios no hace una marioneta del hombre. Dejarse guiar por los mandamientos de Dios y por las inspiraciones del Espíritu no significa navegar con «piloto automático» sin tener nada que hacer, sino que da paso a todo un ejercicio de la libertad, de la responsabilidad, del espíritu de iniciativa, etc. Pero en lugar de que ese juego de mi libertad sea caótico o esté gobernado por mis deseos superficiales, está orientado por Dios en el sentido que es mejor para mí. Se convierte en una cooperación con la gracia divina, cooperación que no suprime, sino emplea todas mis facultades humanas de voluntad, de inteligencia, de raciocinio, etc.

2. Dios es nuestro creador, es Él quien en todo momento nos mantiene en la existencia como seres libres. Él es el origen de nuestra libertad y, cuanto más dependemos de Dios, más brota esta libertad. Depender de un ser humano puede ser una limitación, pero no lo es depender de Dios, pues en Él no hay límites: es infinito. La única cosa que Dios nos «prohíbe» es lo que nos prohíbe ser libres, lo que impide nuestra realización como personas capaces de amar y de ser amadas libremente, y de encontrar su felicidad en el amor. El único límite que Dios nos impone es nuestra condición de criaturas: no podemos, sin ser desgraciados, hacer de nuestra vida otra cosa para la que hemos sido creados: recibir y dar amor.

3. ¿Qué es la libertad? No es actuar según nuestros caprichos, sin freno alguno, sino permitir que lo mejor, lo más hermoso y más profundo de mí pueda emerger libremente y no verse ahogado por cosas más superficiales: temores, apegamientos egoístas, falsedades, etc. Si me someto a Dios, esta sumisión va exactamente a «decaparme» de toda una costra que paraliza, para dar paso a lo que hay de auténtico en mí.

Indudablemente, si me someto a la voluntad de Dios, una parte de mí mismo se va a oponer. Ésa es, precisamente, la parte negativa que me condiciona y me limita y de la que me voy a liberar progresivamente. En cambio, la voluntad de Dios no se opone jamás a lo que hay en mí de bueno: la aspiración a la verdad, a la vida, a la felicidad, a la plenitud del amor, etc. La sumisión a Dios poda cosas en mí, pero nunca ahoga lo mejor de mí mismo: las profundas aspiraciones positivas que me habitan. Al contrario, las despierta, las fortalece, las orienta y las libera de los obstáculos a su realización.

4. Esto está confirmado por la experiencia: el que camina con el Señor y se deja conducir por Él, experimenta progresivamente un sentimiento de libertad; su corazón no se reduce, no se ahoga, sino, al contrario, se dilata y «respira» continuamente más. Dios es el amor infinito, y en Él no hay nada de estrecho ni reducido, sino que todo es ancho y amplio. El alma que camina con Dios se siente libre, siente que no tiene nada que temer, sin que, al contrario, todo le está

sometido porque todo concurre a su bien, las circunstancias favorables como las desfavorables, el bien como el mal. Siente que todo le pertenece porque es hija de Dios, que nada puede limitarla porque Dios le pertenece. No está condicionada por nada, sino que hace todo lo que quiere, porque lo que quiere es amar, y eso está siempre en su poder. Nada puede separarla de Dios al que ama, y siente que si estuviera en prisión sería también feliz, porque de todos modos ninguna fuerza del mundo puede arrebatarse a Dios.

5. La verdadera solución del problema no es filosófica, sino existencial. En el plano filosófico, siempre podemos sospechar una contradicción entre nuestra libertad y el querer divino. ¡A fin de cuentas, todo depende de cómo nos situamos ante Dios! La oposición entre nuestra voluntad y la voluntad de Dios se resuelve totalmente si nuestra relación con Dios llega a ser una relación de amor, y solamente puede resolverse así.

Los que se aman unen sus voluntades libre y voluntariamente; dependen el uno del otro, y cuanto más unidos y dependientes, más felices están y más libres son. El adolescente está descontento de depender de sus padres, pues esta dependencia le pesa: preferiría ser autónomo y no necesitar a nadie. Pero el bebé (en el que nos tenemos que convertir, según el Evangelio) no sufre por depender totalmente de sus padres, al contrario, pues ese lazo de dependencia es el lugar de un intercambio de amor: al recibir todo de sus padres, en realidad lo que recibe es amor, al que responde amando, con una manera de amar que es justamente la alegría de recibir, y de devolver en amor lo que recibe.

6. Lo que significa que si deseamos que se solucionen las contradicciones (aparentes) entre el querer divino y nuestra libertad, es preciso pedir al Espíritu Santo la gracia de amar más a Dios, y el problema se resolverá por sí solo. Amar a Dios es la cosa más exigente que existe (nos pide un don total: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todos los medios), pero al mismo tiempo la menos obligatoria que haya: amar a Dios no es una obligación, pues su esplendor y su belleza son tales que amarle es una felicidad infinita. Dios es el bien infinito, amarle no coarta nuestra voluntad, sino que ensancha infinitamente el corazón.

Pero si, al contrario, nos apartamos de esta perspectiva de amor, si la relación entre Dios y el hombre es solamente una relación de creador a criatura, de amo a servidor, etc., entonces el problema llega a ser insoluble... Sólo el amor puede reducir la contradicción que existe entre dos libertades; solamente el amor permite que dos libertades se unan libremente.

Amar es perder libremente la voluntad, pero esta pérdida es ganancia, pues me da al Otro y me entrega al Otro. Amar a Dios es perderse para encontrar y poseer a Dios y, a fin de cuentas, encontrarse con uno mismo en El: «Quien encuentre su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10, 39).